

REVISTA DE LA
UNIVERSIDAD DE MEXICO

MAYO 1962

5 DE MAYO

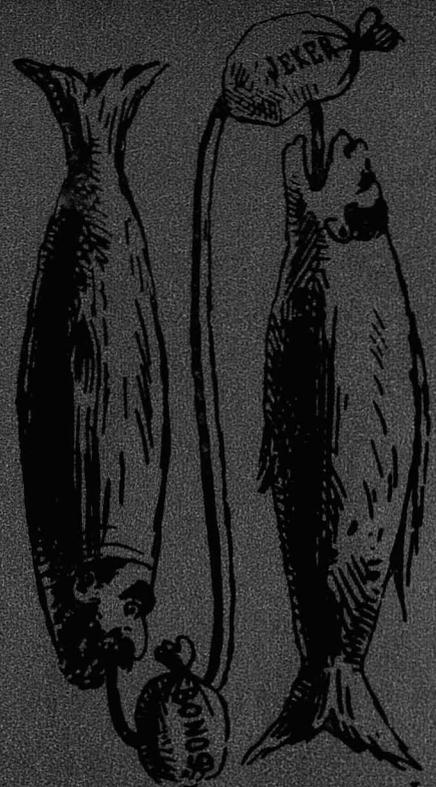
LA EPOPEYA DEL

LIBERALISMO MEXICANO



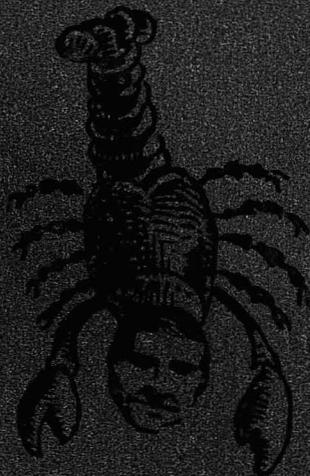
En vano vierte el infeliz acuario
Su corrompida hiel de mercenario.

PISCIS.



El pez que busca mejorar su suerte,
Por nayar se mejor, naya la muerte

CANCER.



Gran Cancer es Almonie; Paatarala!
Un Cancer tan rui nunca nos mata.

TAURO.



—Quítate, Juaza, que el toro no te mata.
—No, Srá si es toro de pelato.

Volumen XVI, Número 9

México, mayo de 1962

Ejemplar \$ 2.00

S U M A R I O

UNIVERSIDAD NACIONAL
DE MEXICORector
*Doctor Ignacio Chávez*Secretario General:
Doctor Roberto L. Mantilla Molina

REVISTA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

Director:
*Jaime García Terrés*Redacción:
Juan García Ponce
Juan Vicente Melo
José Emilio Pacheco
Carlos Valdés

La Revista no se hace responsable de los originales que no hayan sido solicitados.

Toda correspondencia debe dirigirse a:

REVISTA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

Torre de la Rectoría, 10º piso, Ciudad
Universitaria, México 20, D. F.Precio del ejemplar: \$ 2.00
Suscripción anual: " 20.00
Extranjero: Dls. 4.00

Franquicia postal por acuerdo presidencial del 10 de octubre de 1945, publicado en el D. Of. del 28 de noviembre del mismo año.

PATROCINADORES

BANCO NACIONAL DE COMERCIO
EXTERIOR, S. A.—UNIÓN NACIONAL
DE PRODUCTORES DE AZÚCAR, S. A.—
FINANCIERA NACIONAL AZUCARERA,
S. A.—INGENIEROS CIVILES ASOCIA-
DOS, S. A.—(ICA).—NACIONAL FI-
NANCIERA, S. A.—BANCO NACIONAL
DE MÉXICO, S. A.Esta revista
no tiene agentes
de suscripciones

LA FERIA DE LOS DÍAS

*Jaime García Terrés*EL CINCO DE MAYO
(LA INTERPRETACIÓN LIBERAL)*Ricardo Guerra Tejada*

CANCIONES DE LA INTERVENCIÓN

LA INTERVENCIÓN FRANCESA
Y SU BERNAL DÍAZ*Ernesto de la Torre Villar*

EL SOL DE MAYO (FRAGMENTO)

*Juan A. Mateos*APUNTES SOBRE LA EXPRESIÓN LITERARIA
DURANTE LA GUERRA DE INTERVENCIÓN *José Emilio Pacheco*

EPISTOLARIO DE LA INTERVENCIÓN

MAXIMILIANO Y CARLOTA EN MÚSICA *Juan Vicente Melo*MAXIMILIANO DE MILHAUD A TRAVÉS DE LA
CORRESPONDENCIA DEL AUTOR CON ALFONSO REYES

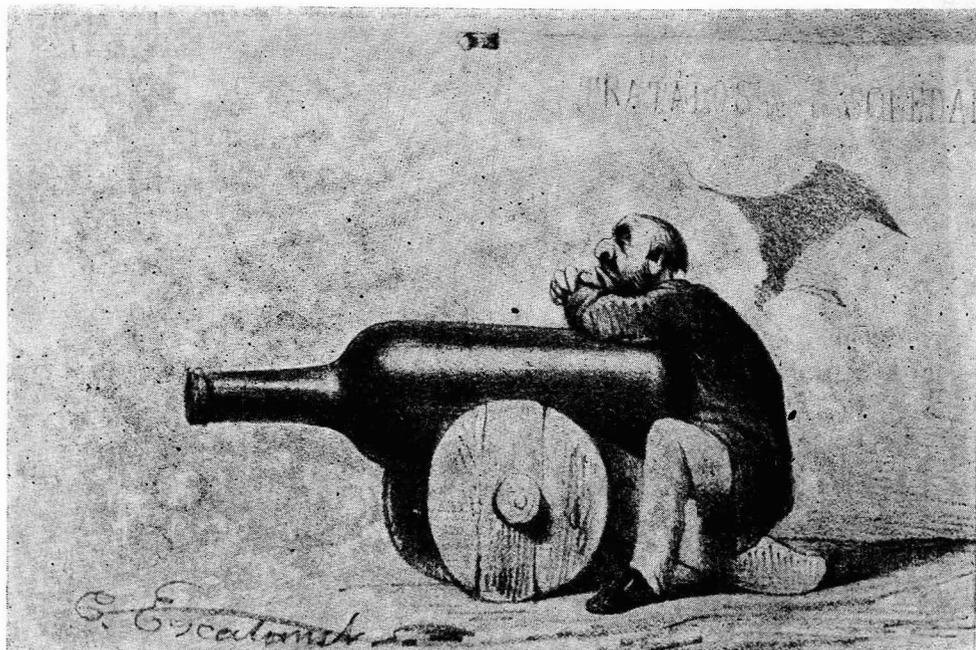
TEATRO

Jorge Ibarguengoitia

CARICATURAS TOMADAS DE

La Orquesta

La Revista de la Universidad de México agradece la cooperación del doctor Manuel Alcalá, Director de la Biblioteca Nacional, del doctor Gustavo A. Pérez Trejo, director de la Hemeroteca Nacional, y de la investigadora María del Carmen Ruiz Castañeda.

*Saligny, después de abrir la primera brecha, descansa sobre sus armas*

La feria de los días

I

La victoria de las tropas mexicanas al mando de Ignacio Zaragoza sobre el ejército invasor del general Lorencez constituyó, en Europa, una decepción pasmosa para los Estados que apoyaban la aventura intervencionista. ¿Cómo era posible que aquellos hombres de México, que parecían tan despreciables, hubiesen podido vencer a unos soldados cubiertos de gloria? ¿Cómo explicar la derrota de un ejército bien adiestrado, del cual se mostraban orgullosos los franceses, a manos de aquellas fuerzas improvisadas, surgidas del pueblo y sin grandes títulos militares? El desconcierto se apoderó de Napoleón III y los suyos, y sólo una arraigada obstinación de las partes interesadas impidió el abandono de la empresa imperial. Al propio tiempo, hay que decirlo, el hecho dio oportunidad a los más distinguidos representantes del espíritu liberal europeo para manifestar su actitud solidaria con la independencia americana y los derechos de nuestra nación.

II

En México, la batalla del 5 de mayo confirmó los augurios de un definitivo triunfo del liberalismo contra los enemigos, ya seculares, que

procuraban, con la restauración monárquica, la perpetuación de los privilegios tradicionales. La Guerra de Tres Años había demostrado que las mayorías se inclinaban hacia el partido del progreso; que a pesar de la agresividad retórica de quienes compartían las posiciones reaccionarias, el país se encaminaba con paso firme y audaz a la consolidación de la Reforma.

III

Hasta aquí la historia. Es preciso evocarla en esta celebración de aquellos acontecimientos que le pertenecen. Pero no convendría refugiarnos en ella, convirtiéndola en una mera fuente de eufóricas conmemoraciones. El pasado nos importa en cuanto afecta y concierne al presente.

IV

Entendámonos. La historiografía tiene su respetable sitio, y a los historiadores que lo son de verdad aseguro mi admiración decidida. Lo que yo no podría aplaudir es que este centenario, como tantas otras festividades de nuestro calendario cívico, se resolviera en exclusiva en una estática labor de arqueología y exhumación de datos más o menos conducentes.

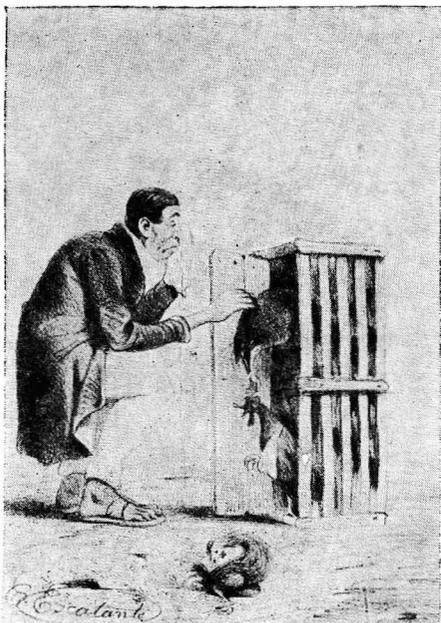
V

Al desplegar los documentos y estudios alusivos que ha reunido, la *Revista de la Universidad de México* se propone, ante todo, ofrecerlos a la meditación actual de sus lectores, a fin de que pueda reconstruirse, de manera fecunda y con la atención puesta en sus lecciones permanentes, un escenario histórico cuya vigencia no ha desaparecido en los años que corren.

VI

No es nuestro propósito contribuir a la perspectiva maniquea que a menudo estorba y esteriliza la interpretación de la realidad nacional. Sabemos que la bondad pura y la maldad pura, bien se las sitúe en el pasado o en el presente, son simples abstracciones que no corresponden a la enorme complejidad de los procesos humanos. Con todo, los pueblos han de escoger momento a momento su destino entre diversas urgentes solicitaciones. Consideramos que el rumbo de México fue elegido por nuestro pueblo hace muchas décadas; pensamos que tal decisión fue para bien, y estimamos que es debido enaltecerla, como ahora lo hacemos, y renovarla sin tregua a través de la práctica legítima y honesta de nuestros deberes políticos.

—J. G. T.



Almonte llora la derrota del gallo francés



Cómo ven desde París la marcha de la reacción en México



La baraja animada para las fiestas de Tlalpam

El cinco de mayo

La interpretación liberal

Por Ricardo GUERRA TEJADA

"Pero una nueva era comenzaba el día que el mayor ciudadano que la República ha engendrado pronunciaba esta sentencia, que está grabada sobre la puerta del porvenir: 'Que el pueblo y el gobierno respeten los derechos de todos. Entre los individuos, como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz.'"

—Justo Sierra, *Evolución política del pueblo mexicano*.

El liberalismo como ideología pretende no sólo explicar la historia sino dirigirla. Como expresión de un grupo intelectual o de una clase social responde a una situación histórica, a intereses reales, etcétera. Como teoría o doctrina pretende un cierto carácter absoluto, ignora su condicionamiento real y parece moverse en el plano del saber, de la conciencia, del desarrollo del espíritu. Sus ideales, sus explicaciones históricas, lo mismo en la etapa romántica que en la positivista, en la Revolución de 1910 o en nuestros días, presentan en lo esencial las características mencionadas. En José María Luis Mora, en Melchor Ocampo, en Justo Sierra, en Ignacio Ramírez, en la generación del Ateneo, en los pensadores más destacados de la actualidad, el pensamiento liberal y democrático encarnan la síntesis ideológica predominante. "En el proceso histórico mexicano, liberalismo y democracia llegan a enlazarse y hasta identificarse, dotándonos de instituciones democráticas y liberales" [Jesús Reyes Heróles, *El liberalismo mexicano*, t. III]. La historia del país no puede comprenderse si olvidamos esta gran tradición liberal, pero tampoco si nos limitamos a ella. La historia real, los grandes movimientos revolucionarios, se ligan con esta tradición, pero no sólo no dependen de ella sino que en última instancia la fundamentan. Ciertamente hay grandes momentos de coincidencia, el más notable es, quizá, la Reforma y la lucha contra la Intervención, pero casi de inmediato vuelven a separarse y salvo contadas excepciones la ideología no es motor revolucionario.

El liberalismo se mueve en el plano de las ideas, de las representaciones intelectuales, pero ante ciertas cuestiones el mundo real adquiere tal fuerza y relevancia que los esquemas teóricos, los prejuicios, las ideologías, dejan sitio a lo que no podremos llamar aún una concepción nueva de la historia real, pero que sí constituyen atisbos, apuntes, observaciones de alcance mucho mayor de lo que podría esperarse. No sólo en la "izquierda" liberal, en las tendencias sociales (Ramírez por ejemplo), sino en el "centro", en los que dirigen realmente el movimiento, e inclusive más tarde en el liberalismo que ha transitado del romanticismo al positivismo, de la revolución al orden, encontramos claramente el fenómeno indicado. Frente a la situación económica y, por qué no decirlo, frente a la miseria de grandes sectores de la población, van descubriendo los liberales la realidad nacional, que se les revelará muy especialmente, a partir de un acontecimiento grave desde todos los puntos de vista y más aún porque pone en crisis sus propias concepciones teóricas: la invasión extranjera, la intervención que amenaza la independencia de la patria, su ser mismo. En la lucha armada, en la violencia justa, la burguesía liberal se aproxima y se une al pueblo. El movimiento de la resistencia durante la ocupación francesa es el gran momento de la unidad, la ocasión privilegiada, pero o no era posible o no se quiso aprovecharla. Parte de la burguesía nacional se une al "imperio"; otra parte se une al pueblo, pero sólo en el plano abstracto del ideal patriótico; muy pocos lo hacen realmente: son la extrema izquierda liberal que será eliminada políticamente después de la victoria. Y sin embargo, los teóricos y los dirigentes del liberalismo se aproximan todos a esta verdadera unidad nacional, pero ni su ideología ni su momento histórico les permiten ir más allá.

La unidad real en la guerra contra la Intervención se disuelve al llegar la paz y el orden o, mejor dicho, se transforma en unidad ideal cuyos depositarios son los gobernantes, los "científicos". La conciencia, el alma nacionales, se convierten en "entes de razón", en retórica. Sin temor a exagerar podría decirse que en ciertos aspectos el porfirismo es la transformación de lo mejor del liberalismo en retórica.

Por esto la Revolución Mexicana representa la nueva afirmación de la historia real frente a la abstracción y alteración de los grandes principios liberales. Sabemos que como historia real

es lucha contra algo real y no contra una ideología, así como la resistencia lo era contra la Intervención real; pero aquí nos interesa destacar el aspecto ideológico y en este sentido la Revolución de 1910 aparece como la continuación del movimiento liberal al que, como dice Reyes Heróles, "completa y ensancha". Pero al momento de afirmación real, a la violencia revolucionaria, seguirá poco a poco el orden y la paz, la institucionalización. Se trata indiscutiblemente de un nivel superior, pero el proceso es semejante, la unión real con el pueblo es mayor, pero en gran parte está por hacerse y mientras tanto la ideología vuelve a ocupar su sitio. La tradición liberal es recuperada, y su tendencia social se afirma a tono con el desarrollo económico del país. Se ve pues la importancia de estudiar esta ideología dominante, y de comprender lo que significa de negativo y de positivo en la historia y en la actualidad mexicanas.

No se trata en este artículo de hacer una exposición sistemática del liberalismo mexicano, menos aún una crítica rigurosa. Nos interesa —mucho más modestamente— presentar en forma breve la interpretación liberal de una época de nuestra historia que en cierta manera puede centrarse en torno a la batalla del cinco de mayo. Esta presentación será eso precisamente: presentación de la visión o idea que de la época mencionada nos ofrecen los liberales más destacados o más precisamente dos de los más ilustres: Justo Sierra en su *Evolución política del pueblo mexicano*, y Porfirio Parra en su *Sociología de la Reforma*. Trataremos inclusive de usar sus propias palabras sin más cuidado que el respeto a sus ideas fundamentales. Esperamos obtener así un cuadro mucho más vivo e interesante para el lector, lo que le compensará, en parte al menos, del esfuerzo de interpretación dejado a su propia cuenta. En lo referente a la significación actual del liberalismo y a su relación con el porfirismo y la Revolución Mexicana —que cae fuera de nuestro tema— transcribimos un breve juicio de don Alfonso Reyes, y uno más largo de la obra fundamental de Reyes Heróles ya mencionada. Se verá en ellos la continuidad de la tradición liberal y su enorme importancia en nuestros días.

En cuanto a la crítica de la interpretación liberal, quedará también al lector, salvo unas cuantas indicaciones o breves comentarios hechos desde nuestro punto de vista.

Antecedentes: liberales y conservadores

Lucas Alamán, en carta dirigida a Santa Anna y a propósito de los principios que profesan los conservadores, decía: "es el primero conservar la religión católica como el único lazo común que liga a todos los mexicanos. . . , es menester sostener el culto con esplendor y los bienes eclesiásticos. . . , estamos decididos contra la federación, contra el sistema representativo y contra todo lo que se llama elección popular, etcétera". Pero el régimen conservador es derrocado en 1855 y el triunfo del Plan de Ayutla hace posible también el triunfo de las ideas liberales, que "comprendían no sólo reformas meramente políticas como la federación definitivamente adoptada, la libertad de trabajo, la libertad de comercio, de enseñar y escribir, la universalidad del sufragio, la independencia de los poderes, sino también reformas sociales: igualdad ante la ley, abolición de las clases privilegiadas; la separación de las potestades eclesiásticas y civiles, reduciendo la Iglesia a sus verdaderos y legítimos límites que son los de la conciencia, privándola de la capacidad de administrar bienes raíces o capitales y devolviendo a la circulación la enorme suma de riquezas que había acopiado. . . , la Iglesia libre en el Estado libre era, pues, el resultado y la consecuencia del programa liberal puro. La tolerancia de cultos formaba parte integrante de tal programa".

Frente a los liberales estaban: "el partido conservador, el campo reaccionario; allí se congregaban impulsados por la sorda inquietud que inspiran los intereses amenazados, el militar que temía que el ejército fuera vejado o acaso suprimido, los restos dispersos del partido santanista y, sobre todo, el poderoso y omnipotente clero, que formaba dentro del Estado, otro, cuya cabeza estaba en Roma; que poseía más recursos que el poder civil. . ." [Parra]

"Nunca el influjo del clero se mostró más siniestro, más avasallador, más fecundo en intrigas y en sordos manejos que durante los años de 1856 y 1857. . . , fue el constante foco de la resis-

tencia a las tentativas reformistas... , a todo conato de transformar la sociedad mexicana. . . Al clero se debió que la Reforma se hiciese con violencia, que fuera sangrienta, que fuera implacable. . . El año de 1856 se añadió a esto la voz del Papa Pío IX: Sus palabras no fueron de paz como las del Divino Maestro; equiparaba las justas tentativas de un pueblo para conquistar su autoridad y autonomía administrativa a ataques a la religión; consideraba heréticas y nulas las medidas dictadas por el gobierno; condenaba con el abrumador peso de su autoridad moral el proyecto de Constitución que, a la sazón, el Constituyente discutía. . .” [Parra]

La oposición al Gobierno tomaba, pues, el carácter de deber sagrado, de defensa de la religión. Religión y fueros era el grito de guerra.

Todos los medios pacíficos estaban agotados, no había esperanzas de conciliación; el clero mexicano era inflexible y se declaraba en pugna abierta con la autoridad civil; la cuestión tendría que resolverse en el terreno de las armas después de terribles combates, después de una lucha encarnizada y sin cuartel.

Eran dos ideales puestos frente a frente, eran dos formas de civilización, dos tipos de estructura social entre los cuales no cabía avenimiento; el partido conservador acariciaba y quería sostener a todo trance el viejo ideal de la Edad Media. . . , el ideal liberal era otro: la Iglesia debía limitarse a lo puramente ideal, al gobierno de las conciencias. . . , en México era urgente proclamar la libertad de conciencia. . . , el viejo ideal era la aristocracia, el nuevo era la democracia; conforme a aquél el poder era el patrimonio de unos cuantos, era emanación de Dios; éste lo confería a los reyes, los cuales a su vez lo compartían. . . , y para las clases privilegiadas eran todos los beneficios del orden social; mientras que la inmensa mayoría . . . eran infelices parias, eran desgraciados ilotas que soportaban todas las cargas sin gozar del menor beneficio, pues mucho era concederles la “alegría de vivir”, dejarles respirar algunos metros cúbicos de aire, permitirles beber agua turbia y devorar pan negro. Y esa magnanimidad provenía de lo indispensables que para la comunidad eran las clases oprimidas; el encomendero necesitaba peones para sus campos. . . , trabajadores, en fin, que le proveyesen de todo lo necesario. [Parra]

Del concepto democrático, conforme al cual el reformista consideraba la nación y su régimen político, se derivaba, como del axioma se deduce el teorema, la no existencia de las clases pri-

vilegiadas, abolidas por la Ley Juárez. . . , más tarde la Constitución de 1857 proclamó el mismo principio de la igualdad. [Parra]

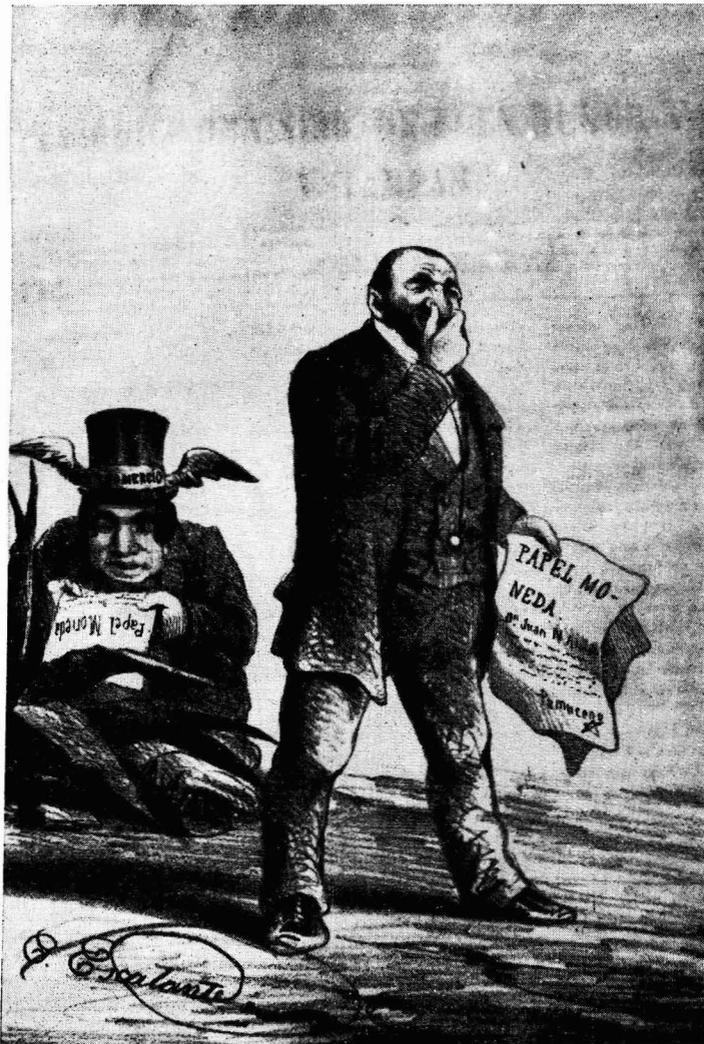
Los “conservadores” se negaron a aceptar el mundo nuevo y se lanzaron a la lucha armada. “Su error inmenso —escribía Sierra— consistió en creer que, porque la masa social era en México católica, había de consentir en hacer del catolicismo un instrumento de dominación política. . .”

Olvidaron los conservadores algo fundamental, tanto desde el punto de vista del Estado moderno, como desde el punto de vista católico, aquello que formuló con gran claridad Francisco Zarco en las siguientes palabras: “. . . donde quiera que el clero pretenda mezclarse en la política, ya prestando a los gobiernos su influencia para oprimir, ya poniéndose en pugna con el poder civil por cuestiones en que sólo se trata de intereses materiales, sufren a un tiempo la respetabilidad del clero, la causa del Estado y la de la religión”.

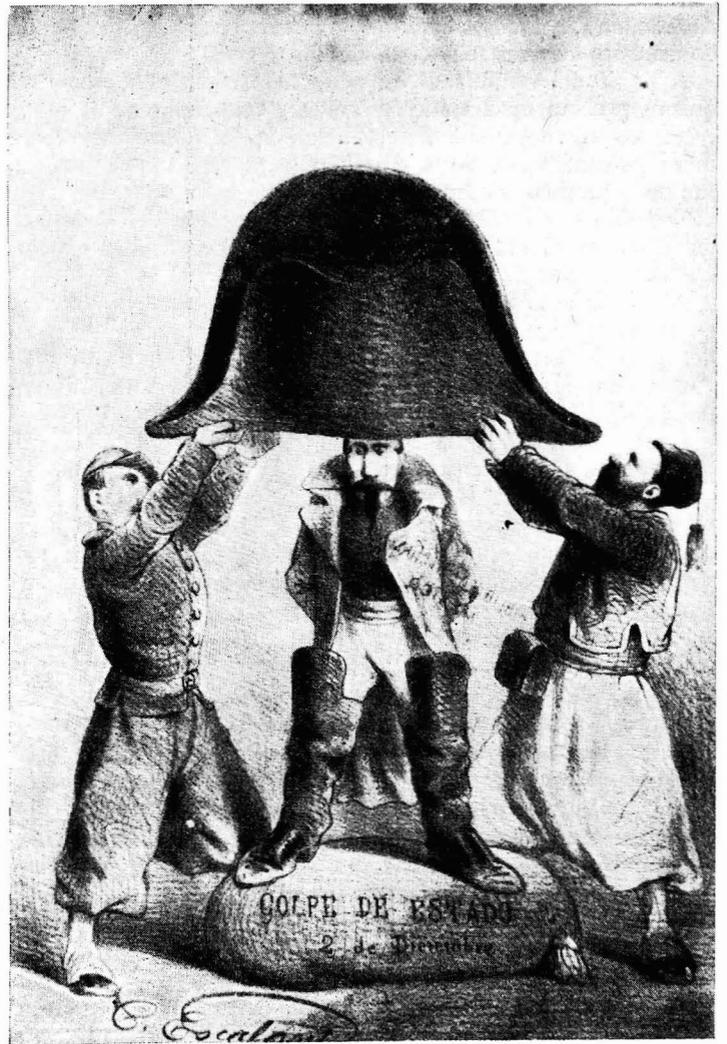
La guerra de tres años produjo cambios decisivos en la vida del país, y terminó, como era lógico, con el triunfo de la Reforma. “La evolución de la República hacia el completo dominio de sí misma, hacia la plena institución del Estado laico, tenía un obstáculo insuperable: la Iglesia constituida en potencia territorial y espiritual al mismo tiempo; sobre lo espiritual nada podía el Estado, sobre lo material sí; desarmó a su gran adversario de su poder territorial y pasó. Esto era fatal; era necesario. . .” [Sierra]

Poco a poco el pueblo “informe y apenas consciente levantaba los ojos a los ideales nuevos. . . , igualdad, libertad, solidaridad. . . Poco a poco se integró una mayoría “o neutral o netamente reformista. Lo que era una minoría al día siguiente de la invasión americana, era la mayoría del país la víspera de la invasión francesa. . . Sobre el programa reformista se iba a informar el nuevo mundo mexicano. . . La reacción había sucumbido para siempre. . . , en el mundo de las ideas había muerto ya; en el de los hechos acababa de entrar definitivamente en la historia. Lo que de ella figuró en nuestra gran tragedia nacional fue un espectro, un aparecido; idealmente, socialmente, militarmente, había concluido. . . , para resucitarla, la primera nación militar del mundo, arrastrando en pos suya a un príncipe austriaco y a una parte de la sociedad mexicana, había de gastar todo su prestigio y todo su poder sin conseguirlo”. [Sierra]

Frente al fracaso y la derrota la reacción escogió el camino de la traición y de la intervención extranjera. La justificación era



El papel moneda en circulación. Salgny:—No sé por qué me huele mal este negocio



Ya os habéis puesto las botas de vuestro ho[mónimo], pero el sombrero es demasiado grande para cabeza tan pequeña

obvia, pues de acuerdo con las palabras de Pachecho, Ministro de España, "México, donde se había perdido toda noción de derecho y todo principio de bien, necesitaba que Europa, por medio de una intervención armada, le impusiese la libertad y el orden, sin lo cual no tendría fin su vergonzosa historia, escándalo y baldón de la humanidad civilizada".

La Intervención extranjera

En México nadie creía en la Intervención hasta que en diciembre del 61 llegaron a Veracruz los españoles y los ingleses y más tarde los franceses. España e Inglaterra se retiraron; el ejército francés avanza y el 5 de mayo ataca Puebla, donde se habían concentrado las tropas mexicanas al mando de Zaragoza ("joven General formado en la guerra reformista"). El ejército francés es rechazado y regresa a Orizaba donde se hace fuerte, y espera durante casi todo un año la llegada de los refuerzos, enviados por Napoleón III, que le permitirán conquistar al país.

¿Cuál es la significación e importancia de la batalla del 5 de mayo en la lucha contra la intervención imperialista, y en la historia de México en su conjunto?

Justo Sierra escribía en su *Evolución política del pueblo mexicano*: "El cinco de mayo, por el número de los combatientes y por el resultado puramente militar de la acción (una retirada en orden estricto para esperar refuerzos), no es una batalla de primer orden, ni de segundo; no es Platea, es Maratón. Es Maratón, por sus inmensos resultados morales y políticos: la nación entera vibró de entusiasmo; ignoramos si hubo mexicanos a quienes entristeciera el triunfo; creemos que no, en ningún partido; ni odio, ni ambición, ni desesperación, pudo tener la facultad de apagar los latidos de ningún corazón movido por sangre mexicana. Unos callarían, otros clamaron en todos los rincones, en todos los ámbitos del país; no hubo aldea de indígenas en que no relampagueara la electricidad del patriotismo; aquella chispa súbita puso en contacto muchas conciencias dormidas para la patria, y a todas las despertó. Hubo una nación que resintiera el choque; esa nación se sintió capaz de supremos esfuerzos. En ese minuto admirable de nuestra historia, el partido reformista, que era la mayoría, comenzó a ser la totalidad política del país, comenzó su transformación en entidad nacional: la Reforma, la República y la Patria, comenzaron juntas en esa hora de mayo el viacrucis que las había de llevar a la identificación, a la unificación plena en el día indefectible de la resurrección del derecho. Fuera de esa nueva y definitiva personalidad de la patria, nada había. . . , átomos errantes, reliquias centrífugas del período genésico de nuestra nacionalidad".

A pesar del optimismo esos "átomos errantes", esas "reliquias", poseían mucha mayor fuerza y coherencia de lo que se creía. No sólo durante la Intervención con la que colaboraron en todos los campos, desde en el militar hasta en las más altas esferas de la política del Imperio; sino sobre todo, años más tarde, al llegar la paz e iniciarse la nueva orientación del liberalismo mexicano, presidida por los "científicos" y el porfiriato; e incluso en nuestros días. . .

Al iniciarse la intervención extranjera los conservadores, en su gran mayoría, participaron activamente. En uno de los partes del general Zaragoza, el 5 de mayo de 1862 leemos: "Puebla: diez, y cuarenta y cinco minutos de la mañana.—Señor ministro de la Guerra.—El enemigo está acampado a tres cuartos de la garita de la ciudad. En los suburbios de ella y por el mismo rumbo tengo mi campamento. El cuerpo de ejército listo para atacar y resistir. El general O'Horan me avisa que ayer batió en Atlixco a 1,200 reaccionarios, cuya población abandonaron después de alguna resistencia: parece que el resto de las chusmas reaccionarias se hallan en Matamoros preparando su marcha para este rumbo.—Todo lo que digo a vd. para conocimiento del ciudadano Presidente de la República."

Pero en lo fundamental Justo Sierra tenía razón: se ha iniciado la lucha por la unidad nacional o, mejor dicho, en la lucha contra el imperialismo se va constituyendo esta unidad, y sobre todo se afirma y crea una conciencia clara de la independencia de la república. También desde un punto de vista práctico las consecuencias del triunfo fueron decisivas: "El cinco de mayo, conteniendo al ejército francés por un año, permitió al país organizar la resistencia; podría ésta ser parcialmente vencida por la evidente superioridad militar de los invasores, pero totalmente vencida no, sino con un inmenso ejército de ocupación, y temporalmente; con el esfuerzo que la Francia imperial podía hacer, no era realizable ni bosquejar siquiera la ocupación plena; era segura una lucha decorada de victorias pero cuyo resultado tendría que ser un gasto moral y material irreparable, que colocarían a la nación invasora en un estado de palpable inferioridad militar en Europa".

La batalla del 5 de mayo es el anuncio de la resistencia heroica del pueblo frente a la ocupación militar. La batalla es breve y de gran significación. También lo son los partes del general Zaragoza: "Puebla, Mayo 5 de 1862, a las doce y veintiocho minutos del día.—Señor ministro de la Guerra.—Son las doce del día, y se ha roto el fuego de cañón por ambas partes."

"Puebla, Mayo 5, a las dos de la tarde.—Señor ministro de la Guerra.—El ejército francés ha intentado replegarse, y en estos momentos acaba de reconcentrarse amagando a esta plaza por la línea de Oriente, y es probable que por este rumbo vuelva a comenzar su ataque. En estos momentos ha cesado el fuego del todo.—De orden del señor gobernador y comandante militar comunico a vd. esta noticia, añadiéndole que el entusiasmo de la plaza es muy satisfactorio.—*J. Téllez.*"

"Puebla, Mayo 5 de 1862, a las dos y treinta minutos de la tarde.—Señor ministro de la Guerra.—Los zuavos se han dispersado, y nuestra caballería trata de cortarlos en estos momentos.—*Tapia.*"

"Mayo 5.—Recibido a las cuatro y media de la tarde.—C. ministro de la Guerra.—Dos horas y media nos hemos batido. El enemigo ha arrojado multitud de granadas. Sus columnas, sobre el cerro de Loreto y Guadalupe, han sido rechazadas, y seguramente atacó con 4,000 hombres. Todo su impulso fue sobre el cerro. En este momento se retiran las columnas, y nuestras fuerzas avanzan sobre ellas. Comienza un fuerte aguacero.—*Zaragoza.*"

La naturaleza misma parece anunciar en las palabras finales del general Zaragoza, lo que se avecina. Estamos "al filo del agua", que como dice Agustín Yáñez "es una expresión campesina que significa el momento de iniciarse la lluvia, y —en sentido figurado, muy común— la inminencia o el principio de un suceso". Y la tormenta duró cinco años.

El ejército francés ocupa poco a poco la totalidad del país. Hasta fines del 63 dominaban gran parte de las costas del Golfo, el camino hacia la Mesa Central, y extendían poco a poco su dominio en ésta. Ya desde el principio y en toda la zona ocupada

ALCANCE AL SIGLO XIX

del Lunes 5 de Mayo de 1862.

PUEBLA

ATACADA POR EL EJERCITO FRANCES.

El supremo gobierno ha recibido hoy los siguientes despachos telegráficos:

Puebla: diez, y cuarenta y cinco minutos de la mañana.—Señor ministro de la guerra.—El enemigo está acampado a tres cuartos de la garita de esta ciudad. En los suburbios de ella y por el mismo rumbo tengo mi campamento. El cuerpo de ejército listo para atacar y resistir. El general O'Horan me avisa que ayer batió en Atlixco a 1,200 reaccionarios, cuya población abandonaron después de alguna resistencia: parece que el resto de las chusmas reaccionarias se hallan en Matamoros preparando su marcha para este rumbo.

Todo lo que digo a vd. para conocimiento del ciudadano presidente de la República.—*Zaragoza.*

Puebla, Mayo 5 de 1862, a las doce y veintiocho minutos del día.—Señor ministro de la guerra.—Son las doce del día, y se ha roto el fuego de cañón por ambas partes.—*Zaragoza.*

Puebla, Mayo 5, a las dos de la tarde.—Señor ministro de la guerra.—El ejército francés ha intentado replegarse, y en estos momentos acaba de reconcentrarse amagando a esta plaza por la línea de Oriente, y es probable que por este rumbo vuelva a comenzar su ataque. En estos momentos ha cesado el fuego del todo.

De orden del señor gobernador y comandante militar comunico a vd. esta noticia, añadiéndole que el entusiasmo de la plaza es muy satisfactorio.—*J. Téllez.*

Puebla, Mayo 5 de 1862, a las dos y treinta minutos de la tarde.—Señor ministro de la guerra.—Los Zuavos se han dispersado, y nuestra caballería trata de cortarlos en estos momentos.—*Tapia.*

Mayo 5.—Recibido a las cuatro y media de la tarde.—C. ministro de la guerra.—Dos horas y media nos hemos batido. El enemigo ha arrojado multitud de granadas. Sus columnas, sobre el cerro de Loreto y Guadalupe, han sido rechazadas, y seguramente atacó con 4,000 hombres. Todo su impulso fue sobre el cerro. En este momento se retiran las columnas, y nuestras fuerzas avanzan sobre ellas. Comienza un fuerte aguacero.—*Zaragoza.*

Imprenta de I. Camplido.

se manifestó con claridad lo que el invasor se proponía: "Desarmar la resistencia por el terror, pacificar por medio de la muerte, limpiar caminos y ciudades por medio de la sangre; la justicia militar se encargó de todo este programa..., y fue una justicia espantosamente acelerada: las simples sospechas, el haber sido guerrillero o amigo de guerrilleros, la fisonomía, una acusación vaga, muy poco comprendida generalmente por quienes no hablaban una palabra de español, bastaban para acarrear la muerte." Estas palabras de Justo Sierra, y las que citaremos más adelante, nos permiten formarnos una idea clara de lo que fueron el terror y la violencia imperantes en esa época. "La campaña del invierno de 63 a 64 fue rápida y mortal para el gobierno legítimo. El ejército francés, por sí mismo o sirviendo de apoyo a los grupos infidentes, que, como ha sucedido casi siempre en los países invadidos, habían podido organizarse y que estaban humillados, pero armados y pagados perfectamente, logró dominar toda la Mesa Central, ocupó todas las ciudades importantes del interior; el ejército republicano mutilado, ensangrentado, cortado en fragmentos, en desorganización rápida, se refugiaba en las montañas de Michoacán, de Jalisco, de Zacatecas, o se retiraba... Todo estaba mutilado, mermado, disminuido en la nación; sólo Juárez permanecía intacto; en él la República era incólume." En mayo de 1865, Ignacio Manuel Altamirano escribe acerca de Juárez: "Más fácil es que la tierra se salga de su eje, que ese hombre [se salga] de la República. Ese hombre no es un hombre: es el deber hecho carne. Pero ¿dónde está?, me han replicado. Yo no sé cómo se llama la línea de tierra que ocupa en este momento; pero él está en la República, piensa en la República, trabaja por la República y morirá en la República." En este mismo año la situación del país es descrita por Justo Sierra de esta manera: "El año de 63, que había comenzado con la pacificación del centro del país, con la adhesión al imperio de cuantos creyeron en su consolidación, de cuantos ponían la garantía de sus intereses materiales por encima del interés de la patria, de cuantos el prestigio militar de Francia y el terror de la intervención americana ofuscaba, fue el año de prueba; quedó comprobado, en el apogeo del triunfo y de la fuerza, que el imperio era imposible. La resistencia, persistente en todos los ángulos del país y que millares de ejecuciones no bastaban a dominar, tomaba repentinamente en Michoacán, en Sonora y Sinaloa, en el este de la frontera septentrional, proporciones de incendio que sólo se sofocaba en apariencia con nueva sangre, con nuevos gastos. Y he aquí cómo se presentaban las cosas al mediar el año: el país seguía inundado de guerrillas, la resistencia pulverizada lo llenaba todo; la resistencia del espíritu público se reorganizaba y crecía gigantesca; los ex reaccionarios descontentos, aunque encadenados al imperio; los intereses creados por la Reforma, profundamente hostiles a la revisión general; los propietarios, pasando rápidamente de la desconfianza a la seguridad de que Francia no acabaría su obra, procurando salirse de la casa en ruinas de Maximiliano, y el partido de acción alistándose para volver a la lucha, contando, casi siempre, con la tolerancia benévola de las autoridades nombradas por los ministros reformistas del imperio. El general Douay, el más respetable de los oficiales franceses que vinieron a México, resumía la situación así: 'La organización política establecida por el gobierno imperial, no ha producido hasta hoy resultado alguno. La tranquilidad que reina en ciertos departamentos no es sino aparente y solamente debida a la ocupación francesa. Los partidarios sinceros del gobierno son muy pocos. En el estado actual de los ánimos, es inútil esperar ayuda de nadie, cualquiera que sea el partido a que pertenezca.'" [Agosto de 65]

El año de 1866 es el año de la reconquista del país; la resistencia moral es cada vez mayor, pero sobre todo la resistencia armada, que a pesar de la represión bárbara es cada día más vigorosa. En los primeros meses del año las guerrillas se desarrollan sobre todo en el norte del país, las victorias sobre los reaccionarios y sobre el ejército invasor se suceden, las ciudades más importantes del norte son recuperadas. Pero la guerra seguía, y la violencia estaba en su apogeo, en los primeros meses del año, en el norte, "lo mismo que en todo el país, día a día eran derrotadas las guerrillas, y no acababan nunca; tanta victoria denotaba el combate sin tregua". Es, como decíamos, a mediados del 66 y en los primeros meses del 67, cuando se consuma la victoria. En junio del 67 Maximiliano fue ejecutado con sus compañeros Miramón y Mejía en el Cerro de las Campanas. "Con el imperio, con la guerra que oficialmente fue llamada 'guerra de la segunda independencia', concluye el gran periodo de la revolución mexicana, en realidad iniciado en 1810, pero renovado definitivamente en 1857." México —sigue diciendo Justo Sierra— había adquirido un alma, la unidad nacional. "Había salvado su independencia, conquistado la plena conciencia de sí mismo y avasallado a la historia. La república fue entonces la nación; con excepciones ignoradas todos asistieron al triunfo, todos comprendieron



—He aquí las únicas mulas que me quedan

que había un hecho definitivamente consumado, que se habían realizado conquistas que serían eternas en la historia, que la Reforma, la República y la Patria resultaban, desde aquel instante, la misma cosa y que no había más que una bandera nacional, la Constitución de 57; bajo ella todos volvieron a ser ciudadanos, a ser mexicanos, a ser libres..."

Consecuencias

"La Reforma no fue un solo acontecimiento; fue un conjunto sistematizado y coordinado de acontecimientos..."

"La Reforma modificó profundamente el orden político consagrando la forma federal, republicana y representativa, proclamando el sufragio popular o, lo que es lo mismo, la democracia, garantizando todo género de libertades, y entre ellas la más preciosa y la que más torrentes de sangre ha costado, la libertad de conciencia; modificó el orden económico haciendo entrar a la circulación una cantidad enorme de riqueza acumulada, dividiendo la propiedad y facilitando por este medio la creación de una burguesía, o verdadera clase media, que colmase el abismo que, durante el régimen Colonial, separaba a los opulentos de los desheredados y que subsistió muchos años después de consumada la Independencia; aboliendo las clases privilegiadas, la Reforma modificó el orden social y proclamó la igualdad, base de la democracia o gobierno del pueblo para el pueblo. Proponiéndose abolir las trabas que embarazaban el comercio y mejorar las vías de comunicación, la Reforma implantaba las semillas del progreso material que no pudieron desenvolverse hasta estos últimos años. La Reforma modificó hasta el régimen de la familia, instituyendo el matrimonio laico, sometido únicamente a la potestad civil, al lado del religioso o de institución divina, único conocido antes." [Parra]

"Se ve pues que no es sofisticado atribuir a la Reforma el gran desarrollo observado en todos los elementos que constituyen la riqueza y el adelanto de un país y que hoy forman la prosperidad de la nación." En el plano económico los beneficios fueron enormes y duraderos, los reformistas obraron como consumados políticos; Pablo Macedo, en su *Historia de la Hacienda Pública*, decía a propósito de los hombres de la Reforma "que con su obra gigantesca y fecunda nos pusieron en vías de una redención que llegaron muchos a creer imposible, y que, para decirlo de una vez, sin ellos acaso no tuviéramos ya el derecho de llamarnos mexicanos". Para Porfirio Parra, la Reforma "significó en la historia de México el advenimiento de una nueva era de progreso integral y vigoroso, mostrado por múltiples consecuencias en los más variados órdenes de la actividad social... Si las consecuencias inmediatas de la Reforma fueron deplorables, las lejanas fueron todas benéficas y formaron la base de la prosperidad nacional. El alma mexicana se abrió a todos los rumbos del espíritu, la religión dejó de ser un fanatismo, una superstición, que por añadidura se imponía por la fuerza, para trocarse en una

convicción, resultado de la meditación serena y de la elección libre. El clero, gracias a la Reforma, dejaba de ser la corporación poderosa y opresora que se entrometía en todos los actos de la potestad civil y retenía en sus estériles manos la mayor parte de la riqueza; la inteligencia del mexicano exploró todos los horizontes de la filosofía, examinó todos los sistemas que el hombre ha ideado para descubrir la verdad, pues no hay que dudar que la Reforma no se limitó a hacer laica la riqueza, laico el matrimonio, totalmente laicas las instituciones, sino que aspiró también a dar el mismo carácter a la enseñanza, emancipándola de la tutela eclesiástica que había pesado sobre ella."

Frente a la Intervención, la explicación de Parra es significativa del nuevo espíritu reinante en el porfiriato: "En el orden político la Reforma produjo una consecuencia inmediata desastrosa; redujo al partido reaccionario a la desesperación, induciéndole a solicitar y traer sobre nosotros, como destructor nublado, la Intervención francesa. Mas la energía de los hombres de la Reforma, su denuedo y arrojo, las profundas raíces que ya tenía en la opinión el símbolo reformista, los intereses favorables a él que habían surgido, la inevitable asociación que en el alma del mexicano se formó entre Reforma e Independencia, por una parte, y entre reacción e invasión de la patria, por la otra, no sólo conjuraron el peligro, sino que trocaron en gran bien un mal funesto, haciendo del partido reformista el partido nacional y defensor de la patria invadida."

Encontramos, además, otra afirmación que apunta en cierta manera hacia lo que para nosotros constituye la significación última de la lucha contra la Intervención: la afirmación no sólo de una conciencia nacional, sino de una verdadera realidad nacional, en la que los sectores populares se van constituyendo como la fuerza decisiva de nuestra historia. Para Parra la Intervención fue "una especie de experimento político que mostró a las claras que el derecho de los pueblos no es una entidad metafísica ni un ente de razón, sino un hecho positivo. . . Y es en este hecho positivo, en esta realidad, donde hay que buscar los verdaderos antecedentes de la Revolución de 1910. En un plano más profundo que el ideológico, subrayado por los liberales, transcurre la historia social y económica. La lucha por la Independencia política no es determinante sólo para la formación de la "conciencia" de la unidad nacional, sino también para la formación de una conciencia clasista, campesina y obrera, cada día más importante para el desarrollo del país.

"El país estaba desquiciado. . . , el deseo verdadero del país, el rumor que escapaba de todas las hendiduras de aquel enorme hacinamiento de ruinas legales, políticas y sociales, el anhelo infinito del pueblo mexicano que se manifestaba por todos los órganos de expresión pública y privada de un extremo a otro de la república, en el taller, en la fábrica, en la hacienda, en la escuela, en el templo, era el de la paz. . . Sin desperdiciar un día ni descuidar una oportunidad, hacia allá ha marchado durante veinticinco años el presidente Díaz, ha fundado la religión política de la paz." [Sierra]

Sin embargo, en Justo Sierra se afirma la gran tradición liberal, y concluye su *Evolución política del pueblo mexicano* diciendo: ". . . crear, en suma, el alma nacional, ésta es la meta asignada al esfuerzo del porvenir, ése es el programa de la educación nacional. Todo cuanto conspire a realizarlo, y sólo eso, es lo patriótico; todo obstáculo que tienda a retardarlo o desvirtuarlo es casi una infidencia, es una obra mala, es el enemigo. El enemigo es íntimo; es la probabilidad de pasar del idioma indígena al idioma extranjero en nuestras fronteras, obstruyendo el paso a la lengua nacional; es la superstición que sólo la escuela laica, con su espíritu humano y científico, puede combatir con éxito; es la irreligiosidad cívica de los impíos que, abusando del sentimiento religioso inextirpable en los mexicanos, persisten en oponer a los principios, que son la base de nuestra vida moderna, los que han sido la base religiosa de nuestro ser moral; es el escepticismo de los que, al dudar de que lleguemos a ser aptos para la libertad, nos condenan a muerte. Y así queda definido el deber; educar quiere decir fortificar; la libertad, médula de leones, sólo ha sido, individual y colectivamente, el patriotismo de los fuertes; los débiles jamás han sido libres. Toda la evolución social mexicana habrá sido abortiva y frustránea si no llega a ese fin total: la libertad."

A propósito de esta obra y de su significación escribía don Alfonso Reyes: "Pudiera pensarse que esta historia, suspendida en los umbrales de la Revolución, necesita ser revisada en vista de la Revolución misma. No: necesita simplemente ser completada. En ella están todas las premisas que habrían de explicar el porvenir, lo mismo cuando juzga el estado social del indio que del mestizo y del criollo; y el candor mismo con que fue escrita es la mejor garantía de que no hace falta torcer ni falsificar los hechos para comprender el presente. Cuando Justo Sierra se enfrenta con los errores heredados de la Colonia —y los peores

de todos, aquellos que se han incorporado en defectos del carácter nacional—, dice así: 'Desgraciadamente, esos hábitos congénitos del mexicano han llegado a ser mil veces más difíciles de desarraigarse que la dominación española y la de las clases privilegiadas por ella constituidas. Sólo el cambio total de las condiciones del trabajo y del pensamiento en México podrán realizar tamaña transformación.' La *Evolución Política de Justo Sierra* sigue en marcha, como sigue en marcha la inspiración de su obra."

Queda así asegurada la continuidad del liberalismo, sobre todo si logramos superar la etapa porfiriana durante la cual, como ya hemos dicho, los principios liberales se respetan, pero no se cumplen ni afirman en la práctica. En el proemio al tercer tomo de la obra ya citada de Reyes Heróles, encontramos expuesta en forma breve la significación del porfirismo, desde el punto de vista de la tradición liberal y de la Revolución Mexicana: "Durante el porfirismo se crean nuevos intereses. Una clase poderosa va a surgir al amparo de o en conjunción con una nueva oligarquía política. La aristocracia territorial, endeble, va a ser sustituida por una nueva clase propietaria que, si bien toma de su antecesora los vicios —el absentismo, la explotación del hombre, etcétera—, no hereda su debilidad. La clase pudiente va a gobernar, al amparo de la Constitución liberal de 1857 y de las Leyes de Reforma. Pero ésta es sólo la forma de gobierno. El sistema es distinto, opuesto en verdad: sin repudiar expresamente al liberalismo, sino bien al contrario, glorificándolo en solemnidades y monumentos, el porfirismo en sus distintas etapas se separa completamente de los objetivos liberales. Se niega de facto una trayectoria histórica-política, una ideología que formalmente se respeta y se asienta que sigue privando. Las realidades, lo cotidiano, subvierten los principios constitucionales. Se realiza la subversión más efectiva: el cambio de los hechos, de las prácticas, sin negar expresamente los principios. No sólo se detiene una revolución que ya podía continuar como evolución, nacida con nuestra propia nacionalidad, sino que se invierte el acontecer histórico imbuyéndole un sentido contrario. Por eso, bien pronto un positivismo aburguesante, un progreso que no se mide en función de sus efectos sociales, y una paz no orgánica, sino impuesta, sustituyen viejos ideales y viejos anhelos. La idea social del liberalismo mexicano subsiste en el subsuelo; los pecados que contra esta idea se cometen, bien pronto van a ser cobrados. El porfirismo viola los principios políticos del liberalismo y niega la corriente social que, al menos, había atemperado en nuestro país el dogmatismo individualista. El porfirismo, enjuiciado en su totalidad como fenómeno que dura treinta años, no es un descendiente legítimo del liberalismo. Si cronológicamente lo sucede, históricamente lo suplanta. Nuevos móviles económicos y un objeto político distinto dan fisonomía bien diversa a ambas etapas históricas de México. Los liberales fueron un movimiento, persiguiendo una ideología, venciendo enemigos que se resistían. El porfirismo aglutinó a los enemigos de ayer mediante intereses para mantener un orden que se creía perpetuo. Las filosofías inquietas, llenas de fe en la actividad del hombre, de estirpe jusnaturalista que guían a los liberales, son sustituidas por una filosofía positivista tomada, además, en su vertiente oligárquica. Por tanto, no debe buscarse una sucesión normal, legítima, entre liberalismo y porfirismo y una continuidad, sino una sustitución y una verdadera discontinuidad. Si el afán de innovar y modificar conduce a los liberales, el propósito de conservar conduce al porfirismo. Por instinto de conservación se sabe que los cambios, por leves que sean, pueden hacer tambalear toda la estructura. Pero no obstante los intereses creados al amparo del porfirismo, que sustentaban la negación real de nuestra evolución liberal, la idea agraria subsiste, los principios de justicia social que mantienen y a través de la Revolución Mexicana rompen el límite que dentro del proceso liberal había tenido; el 'no es tiempo', frecuente valladar a propósito de progreso en México." [Reyes Heróles]

No "era tiempo aún" cuando la Independencia, ni tampoco al estallar la Revolución de 1910; pero es que el tiempo real de la historia no es idéntico al de las clases o ideologías dominantes. Descubrir esta temporalidad de la historia del pueblo de México es lo que no podían hacer ni los liberales románticos ni los positivistas. Para ellos la Historia era la historia del desarrollo del espíritu humano, del saber, de la conciencia. La historia real en sus grandes momentos revolucionarios es un violento llamado al origen, al hombre, al pueblo que hace su historia y que se revela entonces, por encima de las ideologías, como lo único real y verdadero. Esto es lo que muestran algunos de los textos que hemos citado. Esto es lo que nos proponíamos: conmemorar un hecho histórico, la batalla del cinco de mayo, como obra del pueblo, del pueblo que hizo la Independencia, la Reforma, la Revolución, y que sigue luchando por la libertad y la justicia.

Canciones de la Intervención

BATALLA DEL 5 DE MAYO DE 1862

Al estallido del cañón mortífero
 corrían los zuavos en gran confusión
 y les gritaban todos los chinacos:
 —¡Vengan, traidores! ¡Tengan su Intervención!

Con Tamariz y Márquez se entendieron,
 les ayudó el traidor de Miramón,
 y los chinacos, bravos, se batieron
 inundando de gloria la nación.

¡Alto el fuego! Ya corrieron los traidores,
 ni vergüenza tuvieron, ni pudor.
 ¡Toquen diana!, clarines y tambores,
 un día de gloria, la patria que triunfó.

LAS TORRES DE PUEBLA

¿Dónde están esas torres de Puebla?
 ¿Dónde están esos templos dorados?
 ¿Dónde están esos vasos sagrados?
 Con la guerra todo se acabó.

Entre escombros gemían los heridos
 que lucharon con tanto valor,
 y las madres decían a sus hijos:
 —Vamos, pues, a morir con honor.

Estribillo

Pa los Fuertes de Loreto
 comenzaron a tirar
 esas tropas de franceses
 que gritaban sin cesar,
 y a los nuestros les decían:
 —¿Qué es de las piezas de pan?
 —¡Aguárdenlas, que ahí les van!
 ¡Pam...!

—¿Dónde estás Zaragoza valiente?
 ¿Dónde está tu lucido escuadrón?
 —A luchar por la patria ha marchado
 a luchar y a morir con honor.

Entre escombros gemían los heridos...

Estribillo

Pa los Fuertes de Loreto...

Si mi suerte es morir en campaña
 defendiendo mi patria y mi honor,
 mexicanos, adornen mi tumba
 con la enseña de mi pabellón.

Entre escombros gemían los heridos...

Estribillo

Pa los Fuertes de Loreto...

El soldado del norte es muy pobre,
su vestido, una tosca mezclilla,
su divisa, una blusa amarilla,
pero nunca a su patria vendió.

Entre escombros gemían los heridos . . .

Estrillo

Pa los Fuertes de Loreto . . .

¿Dónde están esas torres de Puebla?
¿Dónde están esos templos dorados,
donde hicimos correr a los zuavos
al sonoro rugir del cañón?

LAS TORRES DE PUEBLA [b]

El soldado del norte es muy pobre,
su vestido es de tosca mezclilla,
y de sueldo le dan su cuartilla,
pero nunca su patria vendió.

¿No conoces el nombre de Juárez
que el terror de los mochos ha sido?
Con la ley en la mano ha vencido
al hipócrita y vil Miramón.

¡A la lid, valientes, bravos,
llegó de vencer el día
a la vil hipocresía,
fantasmas de religión!

EL SITIO DE QUERÉTARO

En el patíbulo del Cerro de las Campanas
adonde estaban mis compañeros
peleando cual fieles guerreros,
eran Méndez, Mejía y Miramón.

Estrillo

Ya la muerte va llegando,
compañeros, ¡qué dolor!,
que por ser emperador
la existencia va a perder
y sus títulos de honor,
tuditito va a acabar.
¡Adiós, gobierno imperial!
¡Adios, querida Carlota!
Cuando vienes a pelear
de tu lucido Márquez,
¡ah, qué sitio tan fatal!

Estrillo

Desde el cerro de la cruz
empezaron a tirar
los de las piezas rayadas
les gritaban con afán;
los de adentro les decían:
—Echen las piezas de pan.
Los de afuera les decían:
—Apárenlas que allá van.

ADIÓS MAMÁ CARLOTA

Alegre el marinero
con voz pausada canta
y el ancla ya levanta
con extraño rumor.
La nave va en los mares
botando cual pelota:
—Adiós, mamá Carlota,
adiós, mi tierno amor.

De la remota playa
te mira con tristeza
la estúpida nobleza
del mocho y el traidor.
En lo hondo de su pecho
ya sienten su derrota:
—Adiós, mamá Carlota,
adiós, mi tierno amor.

Acábanse en Palacio
tertulias, juegos, bailes;
agítanse los frailes
en fuerza del dolor.
La chusma de las cruces
gritando se alborota:
—Adiós, mamá Carlota,
adiós, mi tierno amor.

Murmuran sordamente
los tristes chambelanes,
lloran los capellanes
y las damas de honor.
El triste Chucho Hermosa
canta con lira rota:
—Adiós, mamá Carlota,
adiós, mi tierno amor.

Y en tanto los chinacos
que ya cantan victoria,
guardando tu memoria
sin miedo ni rencor,
dicen mientras el viento
tu embarcación azota:
—Adiós, mamá Carlota,
adiós, mi tierno amor.

La Intervención Francesa y su Bernal Díaz *

Por Ernesto DE LA TORRE VILLAR

Entre los elementos que enriquecen notablemente la historiografía clásica se cuentan, sin género de duda, los testimonios que no siempre voluntariamente sino en forma directa dejaron los participantes o actores de los grandes acontecimientos históricos. Esos testimonios vertidos en diarios, memorias o cartas, representan los auxiliares más valiosos con que el historiador cuenta para construir e interpretar una época dada, una circunstancia precisa que no vuelve a repetirse. Valen mucho más en la medida en que en ellas se encuentra el deseo de describir, analítica o sintéticamente, un acontecer visto, sufrido y realizado, y esa descripción está hecha con plena autenticidad, con espontánea naturalidad llena de frescura y de vida. No marchita su frescor ni trunca su sentido vital el que la narración se haya originado por razones diversas. La vida tiene por el hecho de serlo, numerosas motivaciones, y éstas son las que determinan nuestras acciones y por tanto nuestros testimonios.

Largo y fuera de sitio resultaría el análisis y enumeración de diversas fuentes de tal naturaleza. Desde que Herodoto describió en maravillosas páginas sus impresiones del mundo que circundaba su patria y su cultura, y tomando en cuenta la casi fabulosa narración de *El Millón*, que reveló a los ojos de los inquietos europeos el resplandeciente espectáculo de países exóticos, hasta el diario maravilloso en que Pigafetta narra con asombrosa y profunda sencillez el primer viaje alrededor del mundo, mucho se escribió. Con Pigafetta, Vesputio y Colón se abre un nuevo capítulo en la historiografía universal, en el que van a aparecer numerosísimos testimonios acerca de los más importantes acontecimientos de la vida americana. México con Hernán Cortés tiene un representante de primer orden, por ser él el director de la conquista; mas interesado como pudo estarlo en hacer resaltar sus propios méritos, la versión de la empresa conquistadora que uno de sus capitanes escribiera resulta más atractiva y natural.

Es indiscutible que la *Historia verdadera de la Conquista* de Bernal Díaz posee la genuina sencillez y la auténtica espontaneidad de un soldado, de mucha calidad, pero soldado, y es a través de ella como recreamos el encuentro de dos mundos y dos naturalezas que, con extraordinario estupor de una y otra parte, chocaron en feroces encuentros y se unieron en forma tal que sin poder separarse ya, de ahí en adelante, ni se distinguen uno del otro.

Bernal Díaz, capitán español que recorre el Imperio Mexicano de asombro en asombro, nos legó en prosa deleitosa la visión del México indígena que le tocó contemplar y la descripción de su grandeza y costumbres, de sus edificios y habitantes y también del atronar de los tambores y teponaztles, de la gritería y ayes de los combatientes y del olor a copal, a pólvora y a sangre.

Si esa intervención militar que nos dominó y sujetó a España durante varios siglos tuvo sus intérpretes, la Intervención Francesa ocurrida en la segunda mitad del siglo XIX contó también con los suyos. Uno de ellos, el que nos atrevemos a comparar, *toute proportion garde*, con Bernal Díaz, es un soldado, un zuavo llegado a México con las fuerzas francesas, y quien como Bernal, ávido de aventuras, recorrió el país, tomó parte en numerosas acciones militares aspirando el polvo y el fuego, y contemplando con ojos extrañados, mas muy abiertos, a los mexicanos y sus formas de vida, sus ciudades y su resistencia a ser dominados.

Paul-François Auguste Roze, mejor conocido por su último nombre, Auguste, es nuestro personaje. Nació en Tonnerre el 8 de junio de 1842. Educóse en su villa natal y en el Liceo de Sens en donde adquirió el gusto de la lectura y la capacidad y la voluntad para la composición escrita, características de la educación francesa. Inteligente y decidido y de temperamento vivo y travieso, mostróse en su juventud ligero, indisciplinado, amante de las aventuras y rebelde a las convenciones, sin perder por ello la consideración y el respeto hacia su familia, a la que siempre permaneció entrañablemente ligado. Mucho debió pesar en él su espíritu inquieto para darse de alta, for-

zando tal vez por su familia, en la milicia, y sobre todo entre los zuavos, donde se enrolaban los entonces llamados "cabeza dura".

Su condición de soldado no le privó de su carácter sensitivo y observador y de sus inclinaciones literarias y filosóficas manifestadas en un francés ágil y expresivo. Ya en el ejército lamenta la carencia de buenos libros y su tiempo libre lo ocupa en escribir a su familia —a su padre principalmente— numerosas cartas en las que, además de las preguntas rituales sobre la salud de sus parientes y amigos y los recuerdos de rigor, nos deja asomarnos dentro de él y contemplar no sólo su alma, sino todo aquello que veía: lugares y hombres extraños.

Antes de los 17 años ingresa al ejército y sus primeras armas las practica en Argelia a partir de 1859. Miembro del Segundo Batallón, Tercera Compañía del Regimiento de Zuavos, parte a México en el año de 1862. Desde Argelia envía a su padre diversas cartas en las que pinta la vida penosa y dura del soldado. En México continúa esa costumbre que le liga con los suyos ya tan distantes, y le permite mantener a través de esa unión un mayor interés por la vida. Es en ellas en donde encontramos expresada la experiencia de un joven de apenas veinte años en México y la visión que de este país obtuvo.

En una carta escrita en Constantine, Argelia, el 18 de junio de 1862, es en donde habla por vez primera de su próximo viaje a México, al que ve con entusiasmo. "Plegue a Dios que así sea —escribe, y adelante agrega—: el rumor de esa partida y las promesas del capitán han detenido mi intento de cambiar de cuerpo." En otra dice: "Querido padre, no temas nada. El destino obrará para mí como para otros. La expedición que vamos a emprender será dura, la temperatura bastante cálida, pero después de haber hecho treinta días de marcha en África en medio de terribles calores, creo podré soportar el calor mexicano."

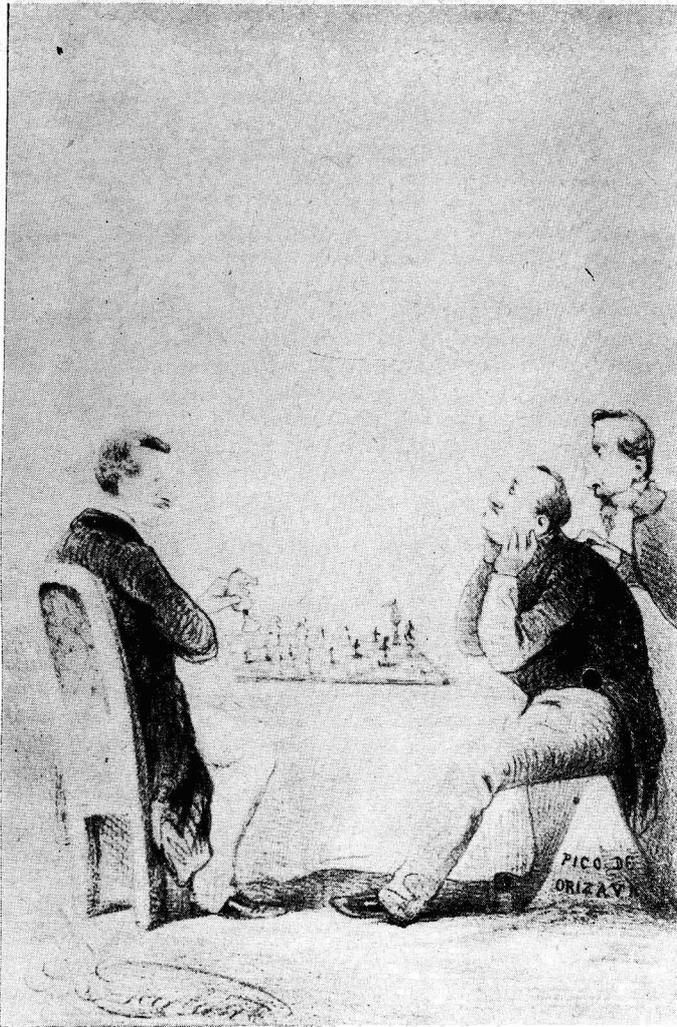
Al alejarse del Viejo Mundo siente que la distancia que le separará de su familia será más penosa, y para mitigarla pide a su progenitor un retrato de familia y él a su vez le remite uno excelente suyo, diciéndole: "Pues si yo permanezco allá para cultivar el tabaco o cosechar racimos de plátanos, tú me podrás ver seguido y te figurarás estar viendo a tu hijo a los veinte años... —y añade—: Adiós querido padre, antes de separarme aún más lejos de ti, te beso mil y mil besos, así como a mi pobre madre que va a estar consternada de tristeza al pensar en mi lejanía y en los peligros que me van a rodear; pero que ella recuerde que el junco se dobla pero no se rompe, y que un zuavo joven es como él."

A bordo del "Moselle" arriba a México. En el estuario del Río Jamapa, cerca de Veracruz, se efectúa su desembarco y su primera noche la pasa añorando su hogar distante, rascándose las picaduras de los zancudos y admirando extrañado los cocuyos que volaban continuamente en torno suyo.

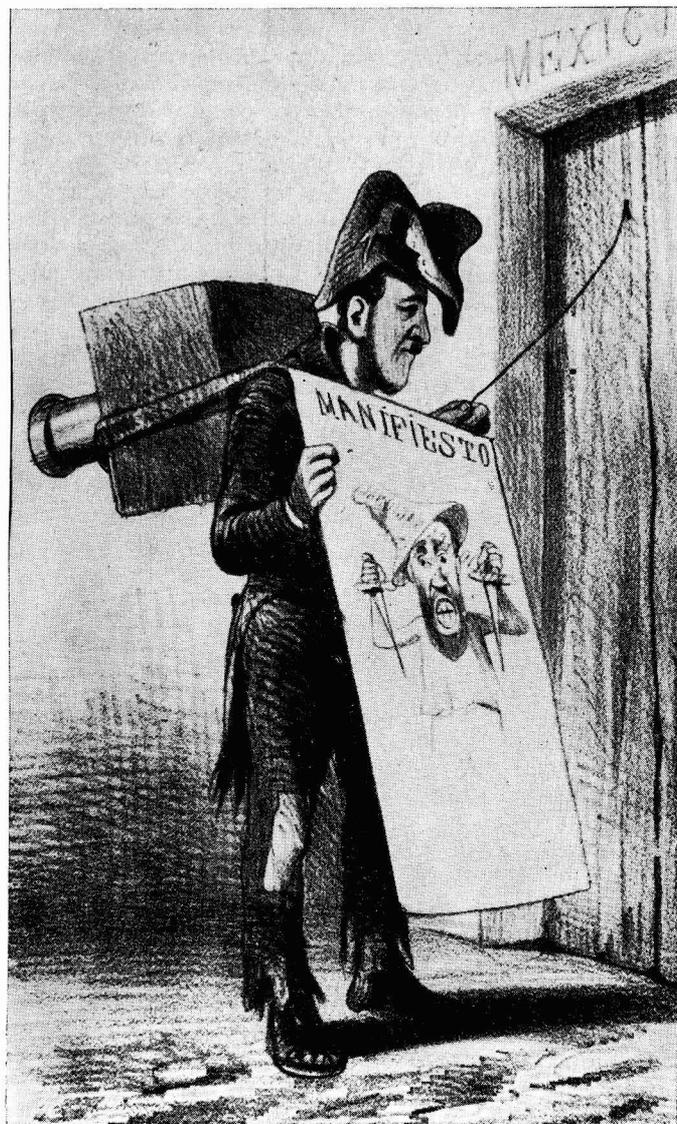
Veracruz ofreció a Roze el primer contacto con una ciudad mexicana. Describe en una de sus cartas, sus calles, sus plazas y sus zopilotes. San Juan de Ulúa le hace recordar, pues todo francés tiene una precisa conciencia histórica, el bombardeo con que sus compatriotas le afligieron en 1838. Lamenta, también, que la obligación de estar en el campamento a horas precisas le impida no contemplar a las veracruzanas, "quienes como las mujeres árabes no salen de sus casas o lo hacen tarde, luego que la frescura de la tarde y el perfume de la brisa marina las conducen a pasearse por las bellas calles".

Pocos días permanece Roze en las tierras cálidas. El clima malsano y el temor a la fiebre amarilla y al vómito negro forzaba a las tropas intervencionistas a alejarse pronto de la costa. Así, después de fatigantes marchas por las sabanas, venía el ascenso por el camino de Jalapa y Perote, hasta llegar a la meseta poblana. En una carta escrita en Perote, informa del número considerable de compañeros enfermos que le acompañaban, y a los pocos días, ya frente a Puebla, la ciudad que había quebrantado el orgullo francés, redacta otra carta que empieza por las siguientes palabras: "¡Al fin henos pues delante de la famosa Puebla, la cual según los mexica-

* Fragmento de un libro en preparación.



Napoleón: —Vamos, general, aprisa que os ganan la partida
Forey:—Ah, señor, yo quisiera veros en mi lugar



Los conservadores pintados por ellos mismos. La necesidad tiene cara de hereje

nos debe ser la tumba de los franceses. Desdichados cuyas esperanzas se quebrantarán!"

Es a partir de ese momento que sus cartas adquieren un relieve excepcional. En ellas vuelca su entusiasmo y también su falta de comprensión ante los fenómenos mexicanos, mas pese a todos sus prejuicios México le entusiasma y atrae. Sus pueblos y ciudades tienen para él algo de incomprensible y las costumbres de sus habitantes más aún. Su largo recorrido por nuestra patria, pues va hacia el norte y hacia el sur, le permite apreciar al país y admirar no sólo su vastedad y diferencias, sino también su sentido de la vida y forma de expresarla. Refiere a su padre la indumentaria y el proceder de "los pelados" y la conducta y manera de ser de la "gente bien".

Con deleitable paciencia describe los monumentos mexicanos y lleno de juvenil entusiasmo a las "señoritas mexicanas", a quienes encuentra una gracia peculiar y muy notables atractivos. Habla de los militares mexicanos que defendían a su país, así como de los colaboracionistas, y pinta con vivos colores muy importantes acciones guerreras en las que tomó parte. En fin, nos deja en sus epístolas familiares un testimonio fresco y vigoroso de la Guerra de Intervención, sin que en él actúe ni el odio, ni la pasión, ni los intereses crematísticos de sus dirigentes. Su juicio es el de un soldado que cumple sus deberes, y el cual en la tregua de la guerra entretiene sus ocios, narrando en silencio a los suyos, a través de una bella escritura y un fragante estilo, la impresión que el México intervenido y las campañas que los franceses hacían en él, le produjo.

Vuelto a Francia en 1866, retoma las cartas escritas, las lee con amorosa nostalgia y en algunas de ellas intercala, a base de numerosas lecturas, descripciones más pensadas y amplias, aun cuando no tan espontáneas como las primeras. México había ganado su simpatía y él trataba de borrar algún juicio ligero e injusto que le hubiera brotado. Si en sus cartas encontramos opiniones diversas a las nuestras, esto se debe más a la comparación que él establece con un modo de ser completamente diferente al suyo y no a un criterio prejuiciado. El valor de su obra se aquilata cuando sus cartas se conocen en su integridad y no en forma fragmentaria.

Poco más que maduro se retira, pensionado, a una casa de descanso en Saint Florentin, impropia para él, y tan lo era que sale de ella para instalarse en un modesto hotel. Sesenta y dos años tenía en vísperas de la Primera Guerra Mundial. Por entonces desaparece de esa localidad y nada se vuelve a saber de él. La guerra que veía venir nada tenía de común con la juvenil aventura que emprendió en México, y de la cual, si no obtuvo ascensos ni gloria, tampoco sacó herida alguna grave, sino una serie de recuerdos muy entrañables, que le hacían revivir sus, ¡ay!, bien pasados veinte años, en los cuales soñaba en convertirse en plantador de tabaco y cosechero de racimos de plátanos.

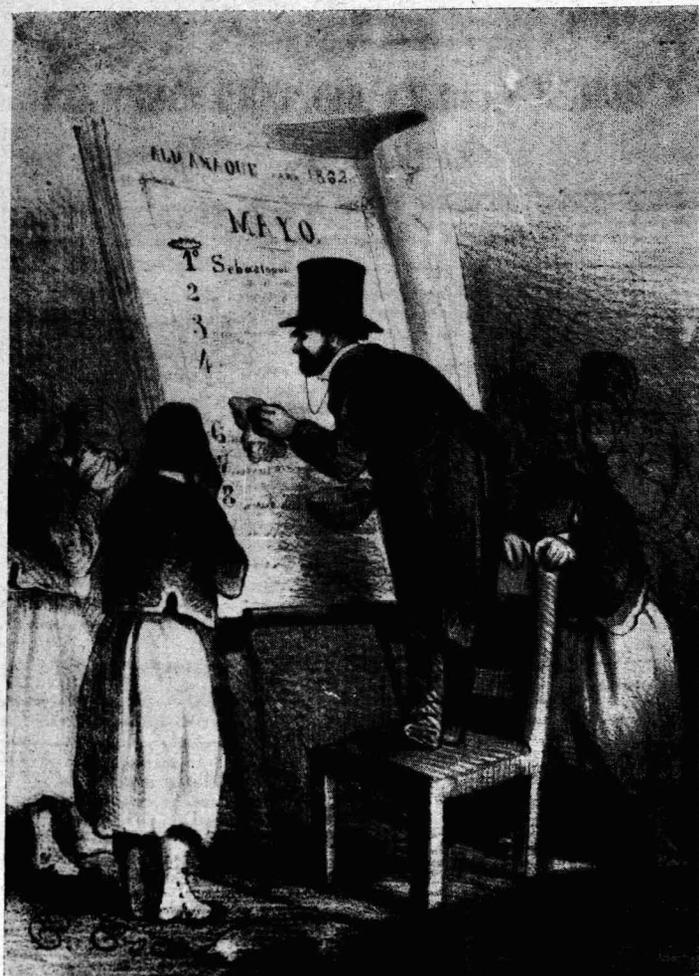
Una de sus primeras cartas mexicanas, escrita en Perote en la Navidad de 1862, es la que ofrecemos en seguida. A través de ella podemos saborear las impresiones que el México de entonces ofrecía a un joven zuavo intervencionista y escritor.

"Perote 25 de diciembre de 1862

"Querido padre:

"Aprovecho algunas horas de supuesta tranquilidad, pues si somos sorprendidos de un momento a otro debemos irnos o salir en caso de ataque, para responder tu carta del 13 de noviembre recibida el 18 de éste, día que podrás considerar memorable. En ésta te acuso recibo de los veinte francos que me enviaste y que cobraré, sabe Dios cuándo. Aquí voy a seguir la narración a partir de Alvarado, para describirte lo mejor posible el camino recorrido a partir de mi última.

"Salidos de Alvarado el 21, nos dirigimos hacia Medellín y a Veracruz en donde estuvimos cuarenta y ocho horas. De ahí marchamos a dormir en Santa Fe, pueblecillo en el camino de Orizaba y después a Tejería hasta donde llega el ferrocarril. De ese punto nos separamos de la ruta de Orizaba, escoltando los víveres hasta Jalapa. Los poblados vistos antes de llegar a esta ciudad no presentaron interés alguno, a no ser Puente Nacional, en donde el Séptimo Batallón de Cazadores de Infantería y dos escuadrones del Doceavo de Cazadores de Francia sufrieron un ataque que les valió obtener dos cruces y una medalla militar. También Plan del Río, en donde el Doceavo de Cazadores persiguió al enemigo y le arrebató un obús de montaña. Estas tropas formaban parte de la Brigada Berthier. Los diarios te darán mayor información que yo, no cabe duda. Finalmente nosotros nos unimos con el general Bazaine y esa Brigada en Jalapa, hermosa ciudad



—No os aflijáis amigos míos: yo repararé el mal que he hecho borrando del almanaque el 5 de mayo

que puedes comparar con Lyon, desde la plaza de toros hasta lo alto de la Cruz Roja.

“Desde el primer momento sus habitantes creyeron en las proclamas del enemigo, y se figuraban que los zuavos eran árabes que no conocían más que el pillaje y matar y devorar a las mujeres y a los niños. Así, a medida que entrábamos a esa hermosa y bella ciudad, las puertas y las ventanas se cerraban delante de nosotros, pero nuestra conducta durante los pocos días que ahí estuvimos les convenció por completo de nuestra manera de ser. De ahí en adelante se veía a todos sus habitantes pasearse por los campos. Te aseguro que el bello sexo no falta y que ninguna potencia puede aquí rivalizar. Yo no había visto nunca tantas mujeres bellas, ni tampoco tantos varones tan bien parecidos. Aquí se encuentra todo lo que es necesario, aun cuando muy caro.

“Aquí fue donde encontramos al general Márquez con las tropas bajo sus órdenes, enemigos feroces y sanguinarios de Juárez, y quienes recíprocamente han puesto a precio sus cabezas.

“Partimos de Jalapa el 15 de diciembre formando una columna compuesta del Segundo Batallón de Zuavos, del 51 y del 7º Batallón de Cazadores de Infantería, de dos escuadrones de caballería, una batería de montaña, una sección de campaña y tres grupos de artilleros dirigidos por el general Bazaine y el general de brigada Berthier.

“El primer día acampamos en una pequeña aldea enteramente desierta, pero con un clima por completo opuesto a aquel que habíamos dejado. Así fue necesario demoler las casas de madera para calentarnos. Al siguiente día, en medio de una neblina espesa y fría, y siempre ascendiendo, nos pusimos en marcha y acampamos una hora después de las doce en otra aldehuela en la cual hicimos una razia de marranitos que cinco minutos después, cocidos en su propia grasa, saltaban en nuestras marmitas. Otro día, y hasta ese momento el enemigo había huido siempre ante nuestra vista, entre una niebla de lo más espeso avanzamos lentamente y fuimos obligados a detenernos en un alto bastante prolongado, durante el cual sin ocuparnos de la presencia del enemigo, nos dedicamos a la búsqueda o, en términos militares, al merodeo. La compañía tropezó con unos sesenta cochinos que al menor movimiento se precipitaron sobre la población. Nosotros llevábamos los sables y nada fue más curioso que ver un batallón de zuavos persiguiendo cochinos sable en mano. Aquellos, una hora después, estaban por completo engullidos en el abdomen de esos feroces soldados, según Juárez.

“La tarde fue diferente, pues después de haber atravesado una colina defendida por baterías y trincheras abandonadas proseguimos la marcha, la cual fue detenida por unas guerrillas, las que después de haber dejado pasar a la vanguardia dispararon sobre el general Bazaine, mas la bala a él dirigida tocó a un capitán de Estado Mayor, que herido en la cabeza va a morir pues el doctor no responde por su vida. Los bribones, perseguidos por el 7º Batallón de Cazadores de Infantería, perdieron a uno de sus principales jefes, hijo de una honorable familia vecindada en Perote y a algunos otros hombres; pero este ataque no era sino el prelude de una acción más importante que hubo al día siguiente. En efecto, partimos de ese pueblo un poco tarde a causa de la bruma, del frío y del lodo, y después de haber tenido otro descanso bastante prolongado en el cual los cochinos nos sirvieron nuevamente de almuerzo, nos pusimos en marcha. A la salida de un bosque se podía ver algo parecido a un grueso conjuntivo de tropas enemigas emboscadas, las cuales lanzaron una viva descarga de fusilería sobre la vanguardia compuesta de la caballería de Márquez, el 12 de Cazadores y la 2ª Compañía de mi batallón. Mataron varios jinetes, mas el resto fue perseguido.

“Como la planicie estaba recta, sin más obstáculo que la niebla . . . y después de haberles muerto unos sesenta hombres, dejamos por tierra nuestra impedimenta y fuimos a desalojarlos de la población, en donde matamos aún a algunos hombres y herimos a muchos más. A las cuatro llegamos a ocupar el pueblo Cerro de León a diez kilómetros de Perote.

“Al día siguiente, una vez que la niebla levantó y el tiempo pareció favorecernos, esperábamos la defensa del fuerte, del cual distinguíamos sus murallas, mas cuál no sería nuestra cólera una vez que nos aproximamos, al encontrarlo vacío y destruido en varios sitios por las minas. A un disparo de cañón de la ciudad nos detuvimos y ante nosotros llegó una diputación. Habiendo salido de la ciudad las tropas de Juárez, tres cuartos de hora después entró en ella toda la columna, menos mi batallón, que tomó posesión del fuerte.

“Es imposible, querido papá, describirte el edificio grandioso, sólido y magnífico de esa fortaleza hoy en ruinas, incendiada y minada por diversos sitios. Tan pronto entramos en ella, trabajamos en reparar sus defensas para impedir el acceso por las brechas, en limpiar la cisterna llena de una verdadera masa de mugre, reemplazar el puente levadizo y adaptar las habitaciones que deberían servir de hospital y almacenes. En cuanto a la población, no es nada. De sus 99 habitantes, 90 son nuestros enemigos y han dado muerte a dos o tres soldados del 51 que venían de ahí al fuerte. Todos los días hay arrestos y diariamente nos combaten. Ayer esperábamos un ataque nocturno de las guerrillas, que querían recobrar a toda costa a uno de sus jefes detenido y herido en el incidente del 18 delante de Perote. Hoy el enemigo llegó a tres kilómetros de la población en un reconocimiento. Seis compañías de dos piezas de artillería partirán en caso de ataque y nosotros también deberemos partir.

“Tú podrás ver que hemos avanzado bastante — a doce horas de Puebla y ya muy lejos de Orizaba. Esperamos la Brigada Douay, que viene de Orizaba, la cual empuja al enemigo. Nuestras pérdidas del 17 y del 18 son mínimas, no tenemos sino un caporal herido. En fin, esperamos y aguardamos el día en que debamos derigirnos sobre Puebla. En los muros del fuerte y en todos lados han escrito: ‘Puebla. Muerte a los Franceses. Muerte a Napoleón III y a la emperatriz su madre’.

“Si hoy día nos encontramos mucho mejor, podrás sin embargo imaginarte lo que hemos sufrido, los males que destruyeron la salud de nuestros compañeros, el hambre, la sed y el calor que fueron nuestros aliados durante seis semanas. Hoy día, en que nos hallamos a dos mil metros arriba de Veracruz, sufrimos frío. Los víveres no faltan, y aun cuando el pan sea de cebada y el bizcocho esté duro, de nada carecemos. En cuanto a mí, no me he desmoralizado jamás ni he tenido el menor contratiempo ni el menor rasguño. ¡Espero que siempre sea así!

“Sería de un mal hijo terminar esta carta sin enviarte mis mejores deseos por el Año Nuevo, así como a mi madre, que debe atormentarse bastante. Pero en fin, mi destino hasta hoy día no me ha sido sino favorable.

“No olvido ni a Berta ni a Celina.

“Termino abrazándote con todo mi corazón y rogándote seas el intérprete de mis buenos deseos ante toda la familia.

“Tu hijo que te ama, Auguste.

“Presenta mis respetos a los señores Pruneau, Huchard y Matheluis. Recibí dos cartas de Guarrie, una fechada el 2 de agosto procedente de África, y la otra del 11 de noviembre.”

El Sol de Mayo

(Fragmento)

Por Juan A. MATEOS

CAPITULO XIX

I

Al terminar la gloriosa jornada de las Cumbres de Acultzingo, el general Zaragoza emprendió su movimiento retrógrado, buscando un sitio a propósito para batir con éxito al ejército francés.

Varias veces se había detenido en su tránsito y recorrido los accidentes del terreno buscando las probabilidades del triunfo; pero desconfiado y receloso continuaba en su peregrinación, trayendo a una jornada de distancia al enemigo, que no cesaba de escaramucear con las guerrillas.

El 3 de mayo de ese año histórico de 1862, llegó con su ejército al frente de Puebla, dejando a retaguardia de los franceses una brigada de caballería.

La ciudad se puso en alarma; un sopor de muerte pesó sobre aquella atmósfera siempre pura, y el silencio de la expectativa tenía embargados a los habitantes y al mismo ejército.

Los batallones desfilaron sombríos por las calles abandonadas, y al son compasado de los parches, entraban en sus cuarteles.

El general Zaragoza, seguido del cuartelmaestre y su Estado Mayor, subió a practicar un reconocimiento a los cerros de Loreto y Guadalupe.

El bravo general, montado en un soberbio caballo y puesto arrogantemente sobre la gigante cúspide de aquella montaña, era una estatua ecuestre que simbolizaba el hecho más glorioso de nuestra historia contemporánea.

¡Zaragoza ignoraba que las herraduras de su corcel descansaban sobre ese pedestal que a las pocas horas debía levantarle la fortuna, y desde donde le contemplarían cien y cien generaciones en el recuerdo de las glorias patrias!

Tender su vista de águila, contemplar la llanura, las montañas próximas y la ciudad, abarcar las distancias y concebir simultáneamente su plan de campaña, fue obra de un momento, porque volviéndose a los generales que lo contemplaban en silencio, dijo con firme voz y ronco acento: "*Aquí*", y tendió su mano señalando el campo de batalla.

Aquella palabra era un reto al destino, un aplazamiento a la victoria.

El relámpago del genio había surcado por su cerebro.

El aliento de Dios había pasado por su inteligencia.

En el espejismo misterioso de su alma, vio al ángel de la victoria: aquella visión era el apocalipsis del heroísmo en la irradiación de su espíritu batallador.

II

La fama del ejército francés, transmitida en los gloriosos episodios, traídos en las últimas horas del siglo XVIII y las primeras del siglo XIX, habían dado un prestigio sobrehumano a aquellos soldados, que llevaban en sus estandartes el laurel de la primera victoria cosechado en las montañas de la Mesa Central.

Nuestro ejército se sentía desconfiado, y para decirlo de una vez, comenzaba a perder la moral, levantada después a la vista del entusiasmo y de la fe de nuestros caudillos.

Inferior en número, rebajado en el paralelo de instrucción y disciplina, sin más elemento que el valor y la abnegación, en el terreno de los hechos y de la verdad práctica no podía luchar con el ejército francés.

Aquí acaban los cálculos de la mezquina inteligencia humana, para dar paso al juicio de Dios.

Un incidente terrible vino a dar tintas más oscuras a la situación.

Las hordas ensangrentadas, último y asqueroso resquicio de una bandería nefanda que se hundía en el fango del oprobio, se sintió alentada con los motines de Córdoba y Orizaba, y se dirigía en masa a prestar su apoyo al extranjero.

De aquel pequeño ejército que esperaba ya descansando sobre sus armas la llegada del invasor, se desprendieron dos mil

hombres a contener las chusmas reaccionarias, quedando aún más debilitado con aquella forzosa sangría.

Zaragoza no vaciló un solo momento después de su irrevocable resolución.

Se creía invencible en su sentimiento de inspirado y en el juicio de su patriotismo.

III

Levantóse una fortificación pasajera en los cerros de Loreto y Guadalupe, y a la madrugada del día 4, el general Negrete ocupó esas posiciones con una división de 1,200 hombres, reforzándolos con dos baterías de batalla y de montaña.

En la plaza de San José se formaron tres columnas de ataque de a mil hombres, teniendo a la cabeza a los bizarros generales Berriozábal, Díaz y Lamadrid.

Quinientos caballos al mando del general Álvarez, y una batería apoyarían el movimiento.

Cuatro mil setecientos hombres, he aquí el total de fuerzas con que contaba el ejército de la República para aventurarse en el primer encuentro.

Pasóse el día en la mayor ansiedad, esperando el avance del ejército francés.

El impasible general Zaragoza no podía determinar aún su plan de campaña, porque ignoraba la actitud que guardaría el ejército enemigo, así es que, centinela de aquellos hombres fiados a su valor para la defensa de la patria, esperaba sereno el momento del combate.

La ciudad callaba con ese silencio religioso del testigo ante un gran acontecimiento.

Las cajas enmudecieron y las banderas yacían plegadas, esperando los primeros alientos de la batalla para mecerse sobre sus astas.

Toda aquella muchedumbre tenía fija en una sola mirada toda su atención; estaba vuelta al Oriente, por donde debían aparecer los ejércitos de la Francia.

El general Zaragoza recibió una parte de Amozoc, en que se le avisaba que Laurencez se detendría en ese punto toda la noche y al amanecer emprendería su marcha sobre las posiciones republicanas.

Avanzáronse grandes trozos de caballería hacia el camino de Amozoc, y las tropas tornaron a sus cuarteles; la palabra "*mañana*" circulaba por todos los labios.

El valiente general a través de un escape delante de sus tropas, repitiendo con torvo acento como un sonámbulo:

—¡*Mañana!*... ¡*mañana!*...

IV

El general Almonte había levantado su campo de Orizaba, y venía cargando la jefatura suprema, caminando como un vivandero político tras el ejército francés.

Haro, el clérigo Miranda y los satélites del gobierno usurpador, pidiendo plaza para su administración.

Laurencez, general en jefe del ejército de la conquista, veía con alto desdén a la turba conservadora; no obstante, tenía la obligación de apoyar a Almonte, que se hizo llamar modestamente general en jefe del ejército mexicano.

La noche del 4 de mayo celebraban en Amozoc una última junta los intervencionistas con el jefe de la expedición.

—He aquí las cartas —decía Almonte—, en que se me asegura que seremos recibidos con flores y arcos de triunfo por la ciudad de Puebla; no puedo desconfiar del dicho de personas tan respetables.

Haro, dándose los aires de un veterano, añadió:

—Si hay resistencia por parte de Zaragoza, no creo que haya obstáculo para emprender un ataque; Puebla ha sido el teatro de mis campañas, y yo podré indicar el plan más oportuno para que caiga en nuestro poder.

—Yo lo que deseo saber —dijo Laurencez—, es si el general Zaragoza me espera a pie firme y puedo contar con el pueblo de la ciudad para el evento de una tenaz resistencia.

—Es un hecho —contestó Almonte—, las *masas* están minadas, comprometidas de antemano; he aquí los despachos de los principales; sólo están en espera de nuestra llegada para lan-

zarse como tigres sobre ese ejército que acabáis de derrotar en las Cumbres de Acultzingo.

Laurencez comprendía que no era tan sencilla la toma de Puebla, toda vez que los mexicanos se pusieron en situación de defensa; y ese pobre general, mezquino para tan grande empresa, no quemaría las naves como el conquistador Hernando de Cortés.

Su carácter orgulloso, y el éxito feliz que tuvo en el primer encuentro con las tropas mexicanas, le hacía soñar hasta con el bastón de mariscal y creerse uno de los héroes del siglo xvi.

Puede ser que el destino le proporcionase dar un salto como a Pedro de Alvarado en la *noche triste*; con la sola diferencia que este Alvarado moderno lo daría para atrás.

Fluctuaba el desgraciado entre las densas sombras de la duda, que no podían disipar los discursos y protestas de los intervencionistas sobre una fácil victoria, cuando recibió un parte de Puebla en que se le comunicaba que Zaragoza tomaba posiciones en los cerros que velan la ciudad como las esfinges de los antiguos.

—Esas montañas —dijo Haro— son nada en comparación de las Cumbres de Acultzingo, y serán tomadas al primer impulso.

—Tengo fe en los soldados de la Francia; ellos jamás han retrocedido, y no sería en este país donde la bandera de Napoleón III sufriera una derrota.

—Señores —dijo Saligny—, hasta hoy ninguno de nuestros cálculos ha salido fallido; lo único que nos inquietaba eran las posiciones del *Chiquihuite*, y ésas yo las he tomado con una proclama; lo demás del camino está allanado; al pasar por Puebla he visto las fortificaciones, que caerán al primer cañonazo; nuestro es el porvenir.

—Poca es la gloria que vais a cosechar, señor Laurencez —dijo Almonte—; batir a esas chusmas desprestigiadas tras unos parapetos, sarcasmo del arte de la guerra, apenas puede lisonjear el ejército francés.

—Me sería fácil —dijo el comandante en jefe— tomar la ciudad; pero quiero darle el último golpe a ese ejército, lo batiré en sus posiciones y clavaré mi bandera victoriosa en los fortines de Guadalupe.

—Yo desearía —observó Haro— que prescindiendo de las ideas de gloria, nos ocupásemos sólo de tomar la plaza.

—Caballero —dijo algo exaltado Laurencez—, a los soldados de la Francia les importa más el nombre que la posesión de una ciudad. Además, que tomando las montañas y derrotando a Zaragoza, nos abrimos las puertas de la capital, no así dejándole en pie, porque le doy lugar a la retirada.

—El general tiene razón —dijo Almonte tratando de halagar a su tutor.

—Ésta es una opinión como otra cualquiera —añadió Saligny—, que no importa una ofensa ni una lección a mis compatriotas.

—Estoy muy lejos de eso —respondió Haro—, no desconfío en manera alguna del éxito.

Laurencez inflaba los carrillos lleno de vanidad como un pavo.

—Mañana tomaremos la sopa en la ciudad de los Ángeles —dijo con arrogancia Saligny—; en otra cosa podría haber duda.

—Mañana —agregó Laurencez— tomaré cuarteles en Puebla.

Seguramente aquellos hombres, entregados a las dulces ilusiones de la victoria, ignoraban que la vía de flores soñada durante tanto tiempo ocultaba abrojos punzadores que atravesarían en el calvario de la derrota.

CAPITULO XX

Estamos en las primeras horas del 5 de mayo de 1862.

Los celajes de la mañana comienzan a sonrosarse en el confín de un horizonte claro por las brisas purísimas de la madrugada.

¡En el fondo del cielo levanta su frente la Malíncint como la deidad ante la cual se posternaron nuestros mayores, y más allá esos dos gigantes hermosos cubiertos con su armadura de hielo, que se llaman el Popocatepetl y el Ixtlacíhuatl!

El Atoyac corre tranquilo rompiendo en las márgenes de flores sus cristales transparentes.

La lluvia de la noche, convertida en perlas y brillantes, oscila en las hojas de los árboles y salpica la alfombra de esmeralda de la llanura.

La extensión está sola; algunas bandadas de pájaros atraviesan por intervalos volviendo a desaparecer y dejando limpia y transparente esa gasa que media entre el cielo y el abismo.

La ciudad sale de las sombras de la noche y la luz comienza a iluminar su blanco caserío, y sus agujas se destacan con majestad y elegancia en el zafiro hermoso de la atmósfera.

Entre las confusas sombras del amanecer se percibe una serpiente de escamas de hierro que parece salir del corazón de la ciudad.

Se escucha el ruido de sus anillos acerados, y se adelanta atrevida entre las laderas del camino, y sigue su ruta hacia el Oriente.

Aquel monstruo es el genio de la guerra.

Es un ejército que busca con sus armas el pecho de su enemigo.

Todo aquel ruido sombrío se apaga y el silencio recobra su majestad y su dominio.

Si un peregrino atravesase entre el crepúsculo de la mañana por aquellas rocas, no sospecharía ante aquel cuadro de paz y prolongada calma, que estaba sobre el formidable teatro de una catástrofe.

II

¡Rasgóse al fin la bruma del horizonte, y los primeros rayos de un sol incandescente reflejaron sobre los volcanes, alumbrando de súbito la ciudad y las montañas y la llanura, y vibrando en un cambiante de gloria sobre las armas de nuestro ejército, dando de lleno con su esplendor en esos estandartes venerandos nacidos en la hora primera de nuestra independencia!...

Las sonoras campanas de la basílica dieron el toque del *Ave María*, y como si aquel toque hubiese sido, no un eco religioso, sino una señal de alarma, las músicas todas del ejército que iba a combatir rompieron en sonos marciales, a los que respondieron mil vivas de entusiasmo que repercutieron en el fondo del valle y en el seno de granito de las montañas.

El estandarte nacional ondeaba en las altas torres de las iglesias y de los palacios, y se desplegaba sobre el campo de la lid llamando a la lucha a sus adversarios.

Aquel sol cuya radiante luz había sido llamada por Dios en el cuarto día del *Génesis*, llevaría la gloriosa memoria de una batalla a las regiones occidentales.

III

La verdad histórica suple en esta vez a la imaginación del novelista: oigamos lo que dice sobre este memorable acontecimiento.

El general Zaragoza ha formado su batalla hacia la parte occidental de su campamento.

El ala derecha de su línea la cubren los invencibles cuerpos de Oaxaca, los compañeros de aquellos valientes que guardan las tumbas abiertas por el incendio en San Andrés Chalchicomula.

Allí se ostentan los carabineros de Pachuca, los lanceros de Toluca y los de Oaxaca.

El centro, que es el lugar de honor, lo ocupan el valiente Berriozábal y Lamadrid, con las brigadas de México y San Luis.

La izquierda está apoyada en los cerros de Loreto y Guadalupe, con Negrete a la cabeza de 1,200 soldados de Puebla y Morelia.

Aquel ejército estaba orgulloso de sus combates y se sentía capaz de afrontar el choque enemigo por formidable que fuese.

La artillería sobrante se situó sobre los fortines de la ciudad.

Zaragoza asumió entonces la actitud histórica que determinó en ese día su gigante figura en el mundo de la heroicidad y de la fama.

Esperó tranquilo la llegada del enemigo, sus labios permanecieron en silencio y en su faz había algo de sombrío.

Napoleón I estaba triste, dicen los historiadores, la víspera de Austerlitz.

IV

Alzóse una pequeña nube sobre uno de los baluartes del cerro de Guadalupe y vibró instantáneamente una detonación.

¡El enemigo estaba a la vista!

Aquel telégrafo de la muerte produjo un estremecimiento nervioso en la ciudad, e hizo discurrir un frío terrible en el ejército de la República.

¡El enemigo estaba a la vista!

Zaragoza sintió el golpe eléctrico en su cerebro, y la inspiración cernió sus alas sobre aquella frente de gigante.

Corrió sus acicates por los espumosos ijares de su corcel y se avanzó a sus soldados, que yacían inmóviles viendo el camino por donde comenzaba a aparecer el enemigo.

—¡Soldados! —gritó con voz de trueno—; os habéis portado como héroes combatiendo por la Reforma; vuestros esfuerzos

han sido coronados siempre del mejor éxito, y no una, sino infinidad de veces habéis hecho doblar la cerviz a nuestros adversarios: Loma Alta, Silao, Guadalajara y Calpulálpam, son nombres que habéis eternizado con vuestros triunfos. Hoy vais a pelear por un objeto sagrado; vais a pelear por la Patria, y yo me prometo que en la presente jornada le conquistaréis un día de gloria. Nuestros enemigos son los primeros soldados del mundo; pero vosotros sois los primeros hijos del mundo y os quieren arrebatar vuestra patria. ¡Soldados!... *leo en vuestra frente la victoria*. Fe y... ¡viva la independencia nacional!... ¡viva la patria!

Un grito unísono de entusiasmo se levantó de aquella muchedumbre, un solo grito que hizo estremecer los corazones con el aliento abrasador de la esperanza.

Zaragoza recorrió la línea deteniéndose ante los batallones, dejando caer un recuerdo de gloria, una memoria de triunfo, una esperanza para el porvenir.

Las dianas, las músicas, los gritos de entusiasmo, se sucedían como el fuego de la erupción.

Aquel ejército solemnizaba la victoria antes del combate.

Zaragoza estaba satisfecho.

Aquella fiesta patriótica calló repentinamente al toque de atención dado por el clarín de órdenes del general.

V

Las guerrillas de caballería venían batiéndose en retirada y fogueando al enemigo, que avanzaba como una nube de tempestad sobre el campo republicano.

Avanzó a lo largo del camino iniciándose la batalla frente a la garita de Amozoc.

Repentinamente aquella masa se cargó a su flanco derecho y en su movimiento oblicuo llegó al pie del cerro de Amalucan, apoyándose en la hacienda de los Álamos, mientras sus



Ignacio Zaragoza, linóleo de Erasto Cortés Juárez

baterías se situaron convenientemente frente a las posiciones de Loreto y Guadalupe.

Zaragoza comprendió el plan de Laurencez al ver su movimiento de flanco, y con la rapidez del rayo dio otro orden a su batalla.

Berriozábal, con la división de México, ascendió a paso veloz por las rocas y se situó en la hondonada que media entre los cerros de Loreto y Guadalupe.

Honra a ese bravo general el orden con que efectuó el movimiento y su gran serenidad al frente del enemigo.

El general Antonio Álvarez, con los carabineros, cubrió la izquierda de las fortificaciones.

A la derecha, formando ángulo con los fortines, se extendía la línea de batalla desde el cerro de Guadalupe a la plaza de Román, frente de las posiciones del enemigo.

A la misma altura del cerro y sobre el camino que sale para la garita, se situaron dos piezas de batalla protegidas por la brigada al mando de Lamadrid, que se prolongaba en línea de batalla hasta la iglesia de los Remedios.

Cerraba el costado derecho la división de Oaxaca, apoyada en la plazuela de Román con su dotación de artillería, y a la espalda los escuadrones de Toluca y Oaxaca.

Tal era la situación de los combatientes momentos antes de comenzar el combate.

Zaragoza sacó su reloj y dijo a su cuartelmaestre:

—Señor general, las once y tres cuartos.

A esa hora había comenzado la batalla de Waterloo.

VI

De aquella nube tormentosa posada en la cima de Amalucan se desprenden los primeros relámpagos que deben preceder a la catarata.

Los zuavos se desparraman en tiradores, cambiando sus tiros con las tenaces guerrillas de caballería, que no se repliegan hasta ver salir las columnas de ataque.

Cuatro masas compactas de a mil hombres caminan sobre su flanco derecho en dirección al cerro de Guadalupe.

Pasan a lo largo del pie de la montaña siempre en movimiento oblicuo, hasta ponerse a tiro de cañón de las posiciones republicanas.

¡Qué bello era aquel espectáculo!

Los soldados marciales de la Francia no desmentían esa fama que ha llegado a la apoteosis; caminaban serenos, impassibles, arrastrando en su paso aquel lujo de trenes y sin desordenarse al recibir el mortífero fuego de la artillería que jugaba implacable sobre las columnas.

Colocan sus cañones en medio de aquel huracán de proyectiles, y responden a la muerte que los ha seguido en todo su trayecto, con el bronce de sus baterías.

Las columnas atravesaban lentas y silenciosas el espacio de Rementería que media entre Amalucan y Guadalupe, perdiéndose entre las ondulaciones y sinuosidades del terreno.

Desaparecieron unos instantes: era que ascendían por las rocas ocultándose de los defensores.

De repente las cabezas de los tiradores zuavos con la roja *calotte* coronando su tostada frente, con la mirada chispeante, asomaron por las orillas de la colina, ascendiendo atrevidos en pos de la victoria.

Los fortines hicieron el primer disparo, y la columna se sintió conmovida por la metralla.

Entonces la división Berriozábal se lanzó como el huracán al encuentro de la columna, y las bayonetas se cruzaron, y la sangre corrió a torrentes, y la muerte discurrió haciendo un estrago espantoso.

Aquella masa compacta onduló un instante, vaciló y retrocedió al fin en buen orden, hasta ponerse fuera de tiro.

Un momento bastó para que se repusieran en su moral; los clarines tocaban a ataque y las columnas tornaron a embestir con denuedo.

Los zuavos, con la desesperación de la derrota, desafiaban a la muerte con un valor exagerado.

La columna avanzaba a paso de carga en medio de una tormenta de metralla.

Los fuertes de Loreto y Guadalupe vomitaban bronce y nuestra línea de batalla permanecía como una cadena de hierro eslabonando los dos cerros.

Los regimientos primero y segundo de marina y los zuavos intentan decidir el combate, y como leones se precipitan sobre la línea, que los recibe a la bayoneta.

Negrete, que había mandado a los zacapoaxtlas ponerse pecho a tierra, gritó con ese acento que Dios le presta sólo a los buenos hijos de una patria agonizante:

—¡Ahora, en nombre de Dios, nosotros!

Aquella voz fue la evocación sagrada al genio de la victo-

ria, porque la columna francesa fue arrollada completamente y puesta en dispersión.

La gritaría, dice un testigo presencial, era horrible; al ronco acento del francés se mezclaba la aguda *gama* del zacapoaxtla y el grito burlón de nuestros soldados del pueblo, apenas distinguidos entre los tiros y los clamores de muerte y exterminio.

En aquellos momentos el pundonoroso y valiente general Rojo avisa al general Álvarez que era tiempo de lanzar la caballería para alcanzar una completa victoria.

Nuestros dragones se precipitan sobre los restos de la columna, que con una serenidad admirable se repliega a su campo batiéndose en retirada.

No habían pronunciado aún su última palabra en la arena de la liza.

VIII

Laurencez estaba perdido y desmoralizado; dos ataques con un éxito desgraciado lo tenían casi demente.

Se propone una columna con los cazadores de Vincennes y el regimiento de zuavos, y torna a dirigirlos sobre el cerro de Guadalupe, mientras pone en marcha otra compuesta del resto de sus tropas y ataca la derecha de la batalla de Zaragoza.

Entonces los zapadores al mando de Lamadrid le salen al encuentro, y se empeña un terrible combate a la bayoneta.

Una casa que se halla situada en la falda del cerro es el punto objetivo; los franceses se posesionan de ella, y son arrojados por los zapadores; la tornan a recobrar, y una lucha más sangrienta aún se renueva en el sitio fatal.

El cabo Palomino se mezcla entre los zuavos y se bate cuerpo a cuerpo con el arrogante soldado francés, y el guión de los zuavos pasa a sus manos cuando su guarda ha lanzado el último suspiro por la herida abierta en el centro del corazón.

—Señor general —grita Haro a Laurencez—, habéis perdido en tres encuentros; dadme las fuerzas que os quedan, y me comprometo a tomar la ciudad por el lado del Carmen; ha sucedido lo que anoche os he pronosticado, el orgullo militar os ha perdido.

—¿Y quién sois vos —gritó Laurencez— para atreveros a un general del ejército francés?

—No es tiempo de recriminaciones; reunid vuestra gente y emprended el ataque como os indico, porque esa columna que va sobre Guadalupe será derrotada irremisiblemente.

—Callad, caballero, y dejadme; aún tengo fe en mis soldados.

—Haced que se bata todo el 99 de línea, aún podéis pretender una victoria.

—¿Y con qué me retiro? —dijo Laurencez sin pensar en la prenda que había soltado.

Haro y Almonte se vieron con asombro; Laurencez tenía razón.

Los mexicanos que militaban a la orden de los franceses estaban admirados, no podían creer lo que palpaban en aquellos momentos.

Los franceses se creían presa de una pesadilla horrible.

IX

Las nubes se habían condensado y flotaban en los picos de las montañas.

Obscurecióse el cielo y una sombra cayó sobre aquel campo escarbado y lleno de cadáveres.

Desprendióse una horrible tormenta confundiendo los truenos del rayo con las detonaciones de la artillería.

Abriéronse las cataratas de las nubes y el agua cayó a torrentes envolviendo a los batalladores.

La lluvia había determinado la derrota de Waterloo.

La columna ascendía con dificultad en medio de la tormenta que se desplomaba, los toques de los clarines no cesaban de mandar el asalto.

Comprometiéndose el combate de una manera terrible; Zaragoza, que veía lleno de ansiedad cuanto pasaba, envió a paso veloz al batallón Reforma en auxilio de los cerros donde zuavos y cazadores se disputaban la victoria.

Los mexicanos saltaron las trincheras; jugaban el todo por el todo.

Los franceses llegaron hasta los fosos.

En los parapetos de Loreto había una pieza de batalla que hacía un formidable estrago en las filas de los asaltantes; entonces los zuavos hicieron un empuje desesperado y se arrojaron sobre la pieza.

En aquellos momentos el artillero tenía en las manos el proyectil que iba a colocar en la boca del cañón, sin que hubiese tenido tiempo por la rapidez con que el zuavo había llegado al parapeto.



ENGAGEMENT DES TROUPES FRANÇAISES ET MEXICAINES SUR LA ROUTE D'ORIZABA. — D'après un croquis de M. L. V.

Los franceses y los traidores camino de Orizaba

Tras de aquel hombre venía una multitud que, una vez apoderados del fortín, levantarían la moral de su ejército y se perdería en un instante la gloria adquirida a costa de tanto sacrificio.

El soldado arrojó el proyectil a la cabeza de su adversario, que, herido mortalmente, rodó en el foso del parapeto.

Los zuavos retrocedieron, avanzó la línea mexicana, y ya encarnizada en el último combate, acribilló a los franceses y gozó siniestramente en su derrota.

Aquellos valientes que habían tocado con sus manos las piedras de los fortines no sobrevivieron a la catástrofe de su ejército ni a la derrota de su bandera.

X

Cuando las columnas enviadas por Laurencez llegaban a los fortines de Guadalupe y Loreto, las fuerzas francesas se destacaban a la posición del general Díaz, avanzando protegidas por un escuadrón y una línea formidable de tiradores.

El valiente general acudió en auxilio del batallón de San Luis que estaba a punto de ser envuelto por el enemigo.

Movió en columna al batallón Guerrero a las órdenes de Jiménez, desplegando instantáneamente su batalla ganando el terreno a los franceses.

Empeñóse un serio combate siempre avanzando y haciendo retroceder al enemigo.

Habían adelantado tanto hacia las posiciones de Laurencez, que estaba próxima la columna a quedar aislada y comprometida; entonces el general Díaz envió a los batallones primero y segundo de Oaxaca, al mando de Espinosa y Loeza, dando un impulso tan formidable con aquel auxilio, que desalojaron al enemigo de las trincheras naturales con que el terreno lo favorecía.

El éxito alentó al joven caudillo, que destacó al batallón Morelos, reserva de la línea y mandado por Ballesteros, con dos piezas de batalla, reforzó la izquierda, y por la derecha envió a Rifleros con los escuadrones de Toluca y Oaxaca.

Díaz quedó dueño del campo, y necesitó de repetidas órdenes de Zaragoza para regresar a sus posiciones.

En aquellos momentos las columnas de Laurencez bajan de Guadalupe esparcidas y en completa dispersión, rechazadas en su última intentona y replegándose a la hacienda de San José.

Los restos ensangrentados de la última columna de ataque llegaron simultáneamente a la hacienda, donde tomaban aliento sus compañeros de infortunio.

Laurencez, al ver descender a sus soldados perseguidos por la caballería y en perfecta dispersión, se cubrió el rostro con las manos y lloró desesperado como un miserable, sin atreverse a levantarse la tapa de los sesos como Lord Reglan al vacilar las columnas inglesas en la toma del reducto del Malakoff.

XI

La tempestad se había alejado en el horizonte arrollándose las nubes por el aliento pujante del vendaval.

El cielo estaba bañado con la luz del crepúsculo vespertino, y los pabellones de fuego del sol, en su descenso al occidente, inundaban la extensión reflejando en visos de escarlata sobre los volcanes y extendiéndose en olas de oro sobre la llanura.

La ciudad repicaba a vuelo, la población acudía en masa al teatro del combate, y los parches guerreros y las músicas saludaban al ángel de la victoria.

El general Zaragoza, que había permanecido durante la acción en la iglesia de los Remedios, desde donde había dirigido hábilmente la batalla, atravesó delante de las filas de sus heroicos soldados con la frente descubierta, sin poder pronunciar una sola palabra, embargado por la más santa de las emociones.

La presencia del general causó una profunda sensación; los soldados lloraban, tomaban las riendas de su caballo, y Zaragoza llevaba húmedos los ojos y las sienas circundadas con el lauro inmarcesible de la victoria.

El sol de mayo alumbraba aquella grandiosa escena y se tendía en un magnífico dosel tras aquella gigante figura, adoración de un ejército y semidiós en el templo de la patria.

El pabellón tricolor acribillado por Wellington en Waterloo se había levantado sobre aquella arena ensangrentada y recorrido victorioso los campos de la Europa, prosternando a su paso a las naciones agueridas del viejo continente.

Había llamado desde lo alto de sus glorias al genio de la fortuna.

Atravesó los mares tumultuosos del Septentrión para dejar en nuestros altares las hojas arrancadas a sus laureles en la más negra de las derrotas.

De hoy más el nombre de México formará época en las memorias dolorosas de la nación francesa.

Al enlutar las águilas imperiales el 5 de mayo, aniversario de la muerte de Napoleón I, la ráfaga de esos recuerdos arrojará el nombre de Zaragoza sobre ese monumento que se alza sombrío en el cuartel de los Inválidos a orillas del Sena.

Apuntes sobre la expresión literaria durante la guerra de Intervención

Por José Emilio PACHECO

En 1862, al abrirse el fuego de la Intervención, pocos vestigios sobrevivían en México de las que entonces llamaban "bellas letras". Si en anteriores décadas la literatura nacional había dicho sus primeras palabras, en los años posteriores al derrocamiento de Santa Anna, el país envuelto en la guerra de Reforma no daba albergue a la expresión artística. Había existido un fervor literario desatado en numerosas asociaciones y academias; y el primer brote romántico se manifestó mejor en el teatro que en la poesía (Fernando Calderón, Ignacio Rodríguez Galván). Manuel Payno había publicado *El fístol del diablo* y Juan Bautista Morales *El Gallo Pitagórico*, sátira a la manera de los costumbristas españoles, pero en cierto modo próxima a Lizardi; visión amarga de una sociedad que se desintegraba. Novelistas, Justo Sierra O'Reilly, Fernando Orozco y Berra, Florencio del Castillo, vivieron una situación cada vez menos propicia. Juan Díaz Covarrubias, en el que se vio una esperanza para la débil corriente narrativa de entonces, murió a los veintidós años, fusilado por Márquez en el desastre de Tacubaya. El impulso romántico halló mejores cauces en la acción que en el manso cultivo de los versos. Románticos fueron en su gran mayoría los liberales que más tarde lograron, "con las armas de la desesperación y el patriotismo", el triunfo de su causa. Esa "patria de lágrimas, mi patria", que exclamó Guillermo Prieto, pensaba en defenderse antes que en expresarse. Si se quiere saber cuál era el estado de las letras en el momento del asalto napoleónico a México, tendremos que recurrir a la prosa doctrinaria y a la oratoria (Ignacio Ramírez, "El Nigromante"), a las piezas circunstanciales de teatro y sobre todo a las publicaciones periodísticas, como *La Orquesta*, *La Chinaca*, y de manera singular *El Siglo XIX*, donde Francisco Zarco dejó —en páginas que él ignoraba perdurables— las mayores muestras de la ideología y la dignidad liberales. El 16 de abril de 1862, escribió Zarco: "Ante esta actitud de los plenipotenciarios franceses, México debe seguir sus negociaciones con Inglaterra y España, tiene derecho a esperar que el emperador Napoleón III, movido de sentimientos de justicia, de dignidad y de hidalguía, repruebe la conducta injustificable de los representantes, y no dé al mundo el escandaloso espectáculo del abuso de la fuerza; pero entre tanto, México debe aceptar la situación en que se le coloca, y decidirse a rechazar la fuerza con la fuerza, pensando que siempre, a costa de más o menos sacrificios, triunfan la justicia y la razón."

Con artículos, caricaturas, versos satíricos, muchos mexicanos colaboraron en la defensa de la integridad territorial. Otros, unidos al ejército de Juárez (Altamirano, Riva Palacio), cuando quedó deshecha la gran ilusión del imperio, cimentaron la nueva literatura y refirieron sus experiencias de combate.

En el teatro se desbocaba el sentimiento popular. Así Vicente Riva Palacio escribió, en colaboración con Juan A. Mateos, epigramas escénicos que enderezaban su animosidad contra Juan Nepomuceno Almonte, el supuesto hijo de Morelos, y caudillo entonces del más activo colaboracionismo. (De *El tirano doméstico*, pieza representada en mayo del 62, a pocos días de la batalla de Puebla): "Pamuceno cuatro orejas/ tocando la chinfonía,/ pensaba en la monarquía/ con aplauso de las viejas./ Era tan grande su empeño/ que se encontró en un piñón/ en su trono a Napoleón/ pero a Napoleón pequeño./ Para testa coronada/ hizo a Luisito un envite/ mas como habló en otomite,/ el otro no entendió nada.../ Siendo estas cosas sencillas,/ manda de la vieja Europa/ gente honrada, ¡brava tropa...!/ Tomó a traición a las Villas./ En las Cumbres... ¡Qué derrota...!/ ¡Qué botín tan escogido...!/ Tomaron de un jefe herido,/ con mucho arrojo... una bota.../ En Puebla sí fue función,/ los indios están armados.../ y los cañones rayados/ han comenzado: ¡Pom... pom...!/ ¡Al asalto...! ¡Pum...! ¡Al suelo...! ¡Otra carga a la francesa...! ¡Pris...! ¡Pras...! ¿Qué carrera es ésa?/ Ya no es carrera, ¡ése es vuelo!/ ¡No corra la tetajila...!/ grita Almonte con voz brava./ Los nuestros: DEMOÑO ZUAVA.../ Ya TE VIDE EL MOCHILA.../ Ellos siguen el camino/ con más ardores que el sol./ ¡Pobre de Sebastopol...!/ El ministro en un vivac,/ protesta ante un botellón,/ que si se perdió la acción/ fue por falta de

cognac./ ¡Agur...! dijo Saligny.../ Hasta Mostla, Pamuceno,/ y Lorencez: mucho güeno/ por México, no por mí,/ y dando un fuerte respingo/ cuando perdida la vieron,/ a gatas todos se fueron/ por las Cumbres de Acultzingo..."

En medio de los desastres de la guerra, Altamirano, soldado de la República, pronunció varios discursos y por encima de la exaltación patriótica, aclaró que el enemigo era Napoleón, no el pueblo de Francia. En Acapulco, el 5 de mayo de 1865, dijo: "El imperio francés sufrirá hasta su muerte con esta memoria; sufre ya, y por eso ha desplegado en México un sistema de venganza, que toca en la locura y que indica toda la ebriedad del despecho. No importa: México padece, pero no se avergüenza y estará siempre orgullosa [*sic*] de su triunfo. Y bien puede Napoleón hacer pasear sus falanges de soldados sañudos y coléricos por el centro de nuestro país, llevando el sable desnudo en una mano y la tea del incendio en la otra. Y bien puede en su rabia, levantar un trono, pretendiendo esclavizar a la República atrevida que pudo producir a los soldados de Guadalupe. Y bien puede pagar la embustera pluma de sus escritores a fin de que desmientan el desastre, a fin de que disminuyan la victoria y desnaturalicen la realidad. Todo es inútil, y para hacerlo olvidar, fuera preciso poner un paréntesis de sombra en el tiempo que pasó; pero esto es imposible para la misma Divinidad, y el 5 de Mayo se presentará implacable siempre, y la historia lo señalará con su dedo luminoso al través de los siglos y de las generaciones."

Vencido el Imperio durante los últimos años del gobierno de Juárez sobreviene una paz, muy relativa, pero suficiente a permitir el progreso de la expresión literaria. Acaso la mejor síntesis de lo que pasó en la literatura durante aquellos años, es una página escrita el año 68 por el mismo Altamirano: (*De Resurgimiento literario. Una nueva generación*): "Decididamente la literatura renace en nuestra patria, y los días de oro en que Ramírez, Prieto, Rodríguez Galván, Carpio, Pesado, Fernando Calderón, Payno, jóvenes aún, iban a comunicarse en los salones de Letrán, hoy destruidos, sus primeras y her-



Ni por ésas...



Al primer tapón, zurrapas

mosas inspiraciones, vuelven ya, por fortuna, para no oscurecerse jamás, si hemos de dar crédito a nuestras esperanzas. Aquel grupo de entusiastas obreros fue dispersado por el huracán de la política, no sin dejar preciosos trabajos que son hoy base de nuestro edificio literario.

“Muchos años después, un espíritu laborioso y superior, Zarco, se propuso continuar la obra abandonada, con ayuda de otros que se agrupaban en su derredor, y que se llamaban Escalante, Arróniz, Téllez, Cuéllar, Castillo y Ortiz. A esta sazón otro círculo se agrupaba en derredor de Carpio y de Pesado para ayudarles en la misma tarea, y en él se veía en primer lugar a Sebastián Segura y a los dos Roa Bárcenas, tres literatos distinguidos, que aunque separados de los primeros por sus ideas políticas, fraternizaban con ellos por su entusiasmo literario. Pero también nuestras guerras volvieron a dispersar estos dos grupos.

“Zarco, lo mismo que Ramírez y Prieto, se hizo hombre de Estado y publicista; predicó la Democracia y la Reforma, saltó al campo de la lucha, y sufrió las vicisitudes del combate. Igual suerte cupo a todos los demás. Unos tomaron las armas, otros la pluma del periodista, como Florencio del Castillo. El fragor de la guerra ahogó el canto de las musas. Los poetas habían bajado del Helicón y subían las gradas del Capitolino. La lira cayó a los pies de la tribuna en el Foro, y el numen sagrado, en vez de elegía y de cantos heroicos, inspiró leyes.

“Pero mientras que se consumaba aquella revolución, las bellas letras estaban olvidadas o poco menos. Los antiguos literatos pronunciaban discursos en el cuerpo legislativo o en el Senado, o agitaban al pueblo, o deliberaban en el Consejo de Estado o escribían folletos, examinaban las cuestiones extranjeras o redactaban proclamas en el campamento. Uno que otro canto se oía; pero era, o para hacer vibrar a los oídos del soldado los acentos de Tirteo, o para morir con los suspiros del amor en medio de los gritos de odio que lanzaban los combatientes. Este intervalo fue de años.

“A la clausura de la Academia de Letrán se siguieron la guerra de la intervención americana, cuatro guerras civiles sangrientas, la invasión francesa y la guerra contra el segundo imperio. ¡Cuántos años han pasado! ¡Cuántos apóstoles de la literatura nacional han muerto, y muchos cuán desgraciada-

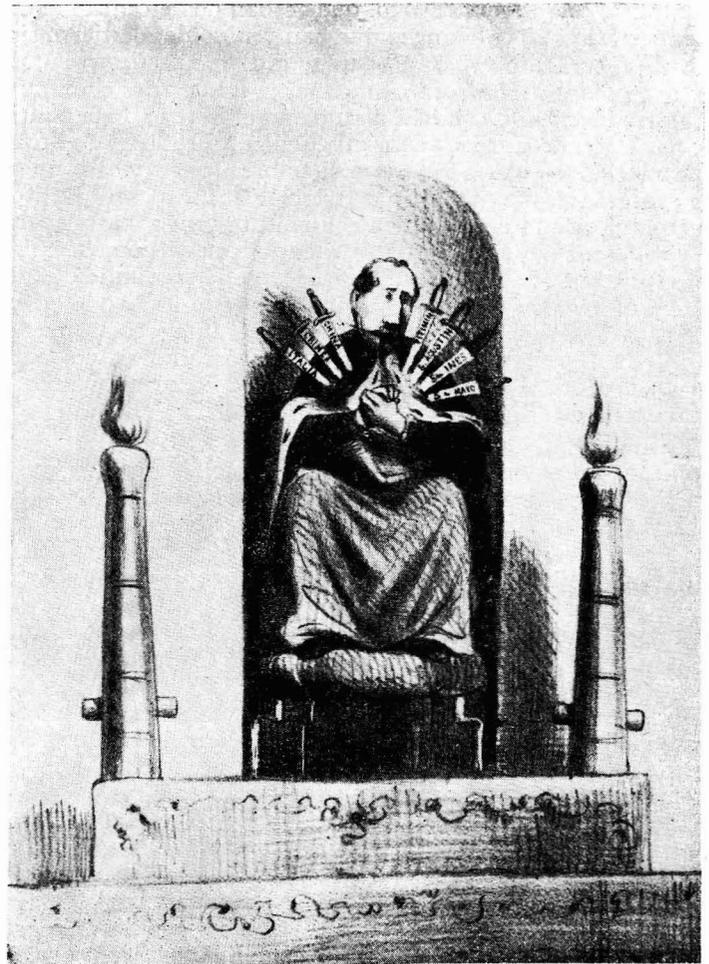
mente! Rodríguez Galván y Torrescano, en La Habana y en la miseria; Calderón, Larrañaga, Navarro y Escalante, en la flor de su edad y cuando hacían saborear a su país lisonjeras esperanzas; Orozco y Berra cayó herido como el rayo por una enfermedad terrible, entre las cajas de una imprenta; Arróniz fue asesinado en medio de los bosques del camino de Puebla; Cruz Aedo asesinado por la soldadesca en Durango; Ríos murió de tristeza y de fiebre a bordo de un buque, alejándose de su país; Mateos y Díaz Covarrubias cayeron en Tacubaya; Florencio María del Castillo, el mártir de la República, después de grandes sufrimientos, murió encerrado por los franceses en las mazmorras de Ulúa. De la primera generación literaria, sólo existen unos cuantos: Cardoso, Ramírez, Prieto, Lafragua, Payno, Alcaraz, vigorosos robles que han resistido el choque de tantas tempestades, y que con su elevada inteligencia sirven de faro a la nueva generación.

“De la segunda quedan más; y el primero de ellos, Zarco, el incansable publicista, que desde el lecho del dolor ahora, lo mismo que en las angustias del destierro y de la pobreza en los Estados Unidos, se consagra siempre, con una asiduidad que le daña, a los trabajos de la prensa, ilustrando nuestro derecho constitucional, dilucidando las cuestiones diplomáticas, defendiendo los muros de la ley y alentando con sus consejos a la juventud estudiosa.

“Ramírez, Cardoso y Prieto, estos tres patriarcas de nuestra literatura, presiden al nuevo movimiento literario, muy dichosos con haber sobrevivido para transmitirnos las magníficas tradiciones de los primeros tiempos, y muy orgullosos con ver en torno suyo a esa turba de jóvenes ardorosos que vienen a colocar en sus cabezas encanecidas por el estudio y los sufrimientos, las coronas del saber y de la virtud.

“Ellos presiden, ellos mandan en esa pequeña república en que no se concede el mando a la fuerza, ni a la intriga, ni al dinero, sino al talento, a la grandeza del alma, a la honradez. Hasta ese círculo literario no penetran las exhalaciones deletéreas de la corrupción: las modestas puertas de ese templo están cerradas al potentado, al rico estúpido, al espantajo de sable; y el corazón oprimido por las miserias de afuera, halla dulce e inmensa expansión en aquel asilo libre, independiente, sublime, en que el pensamiento y la palabra ni están espiados por el esbirro, ni amenazados por el poder, ni calumniados por el odio.

“La nueva raza literaria es más feliz que las primeras, porque tiene por maestros a aquellos que en largos años de útil estudio y de experiencia han llegado a reunir un caudal riquísimo de conocimientos y de gloria que les ha dado un lugar dis-



Donde hay gustos, hay sustos



—Pero, mi general, ¿y la artillería de sitio? —Oh, amigo mío: por esta vez yo me atengo sólo a las proclamas; ya podéis juzgar ahora si soy hombre prevenido

tinguido entre las ilustraciones de la América, al lado de Quintana Roo, de Heredia, de Prescott, de Irving, de Olmedo y de Bello. Por otra parte, la juventud de hoy, nacida en medio de la guerra y aleccionada por lo que ha visto, no se propone sujetarse a un nuevo silencio. Tiene el propósito firme de trabajar constantemente hasta llevar a cabo la creación y el desarrollo de la literatura nacional, cualesquiera que sean las peripecias que sobrevengan.

“En la nueva escuela que se ha reunido, hay soldados de la República, como Riva Palacio, que acaban de desceñirse la espada victoriosa; hay hombres que han venido del destierro sin haber quebrantado su fe; hay perseguidos que prefieren la miseria con todos sus horrores, a inclinarse ante el extranjero; hay jóvenes que no han pisado aún el terreno de la política, por razón de su edad, pero que tienen un corazón de bronce para el porvenir. Todos estos hombres son firmes y unen a su entusiasmo una resolución indomable. La energía ya probada es el escudo de la naciente literatura y su garantía para lo venidero. Pero estos hombres, atentos a su misión literaria, abren sus brazos a sus hermanos todos de la República, cualquiera que sea su fe política, a fin de que se les ayude en la tarea, para la que se necesita de todas las inteligencias mexicanas. Si éstos son elementos de progreso, indudablemente puede predecirse que la existencia de la literatura nacional está asegurada.”

Es difícil conocer en su totalidad, así sea del modo menos ambicioso, la resonancia que alcanzó la Intervención en nuestra literatura. Si omitimos los ensayos (de Justo Sierra o de Alfonso Reyes, por ejemplo), las diferentes biografías nacidas de uno u otro bando, los libros de recuerdos que escribieron los grandes liberales (*Memorias de mi tiempo* de Guillermo Prieto) y hasta la visión de esos vencidos (*Maximiliano íntimo. Memorias de un secretario particular*, por José Luis Blasio; *Querétaro. Memorias de un oficial del emperador Maximiliano*, por A. Hans); para sólo atender a los libros de creación literaria, hay que señalar, al menos, unos cuantos títulos significativos. Nos disculpa un texto de Manuel Gutiérrez Nájera (recogido por E. K. Mapes y Ernesto Mejía Sánchez en el primer tomo de las *Obras*): “Como hay una literatura de semana santa, hay también una literatura de 15 de Septiembre y otra de 5 de Mayo. Malas lenguas afirman que estas dos últimas son una misma literatura verdadera. En efecto, con las sobras del 5 de Mayo se hacen los versos del 16, como con los retazos de la carne que se deja en los platos hacen los cocineros las albondiguillas. Por aquí suprimen un nombre, por allá otro; echan un remiendo a este verso, ponen tacones y medias



—¿Pero qué hacéis, general? —Colocar sobre esta frente los laureles de la victoria que sólo ella ha padido darnos

suelas a la última estrofa, cepillan todo para quitarle el polvo de los años y ve usted que Zaragoza, con bigote y todo, se convierte por un milagro caserito, en cura Hidalgo de sotana y de birrete. Para dar dos vistas a los vestidos y a los versos, no hay como las muchachas pobres y los creadores del 15 de Septiembre. Hay poesías parecidas a los santos de palo que se ven en ciertas parroquias miserables; yo vi una que, con saya verde, era San José; con llaves en la mano, el apóstol San Pedro y con candado en la boca, San Ramón Nonato. Cuando llegaba alguna fiesta de la Virgen, le quitaban la barba postiza y le ponían vestido de mujer. Así, ni más ni menos, son los versos de estos días. Quitándoles y poniéndoles piezas, quedan tan buenos para fungir de liberales como de insurgentes. Al fin, españoles, americanos y franceses, se van allá en esto de extranjería; la libertad de 1810 no difiere de la libertad de 1862 siempre que estén las dos en verso; y los héroes o grandes capitanes que vemos en las peroraciones cívicas y en el teatro, no tienen más que un vestido y una espada.”

(Sin embargo, es de justicia recordar, entre las pocas composiciones eficaces, la *Oda a la Patria*, del mayor romántico mexicano, Manuel M. Flores.)

En la novela mexicana del siglo diecinueve los años de la Intervención engendraron algunos libros de pura amenidad (pueden apreciarse en su género *Memorias de un guerrillero* y *El Cerro de Las Campanas* de Juan A. Mateos), y provocaron también las dos primeras novelas escritas con verdadero sentido literario en nuestro país: *El Zarco* y *Clemencia*, ambas de Altamirano. Mateos, fácil narrador, en la senectud logró escribir *La Majestad Caída*, quizá la primera novela sobre la revolución, junto con el relato de Azuela *Andrés Pérez, maderista*. Antes dejó en los cuatro tomos de *El Sol de Mayo* una novela por cuya acción transcurren la Batalla y el posterior sitio de Puebla, en 1863. Las victorias liberales alentaron a casi todos los novelistas de la época (Irineo Paz, Olavarría y Ferrari, etcétera). Deben mencionarse los *Episodios Nacionales* que, sobre el camino de Galdós, emprendió Victoriano Salado Álvarez para dar significación literaria a una época que ha fascinado a escritores tan poco semejantes como Franz Werfel y Vicki Baum, nombrando sólo a los más conocidos.

A la sombra del menor rigor y sin negar la validez de la literatura mexicana en el pasado siglo, es fácil darse cuenta de que ninguna novela escrita con el tema de la Intervención puede representar hoy la *épica* de esa “Edad Heroica”. La *épica*, nuestra *épica*, quedó en los textos prehispánicos y —como cree Agustín Yáñez— en algunas crónicas de la Conquista.

DOCUMENTOS

Epistolario de la Intervención

IGNACIO ZARAGOZA [a Juárez], Xalapa,
6 de marzo de 1862:

En lo particular doy a V. las gracias por la eficacia con que se atiende a este Cpo. de Ejército con los recursos pecuniarios de que carece, pues los sesentamil pesos que trae el Sr. Berriozábal, me sacarán sin duda de los graves apuros en que me encuentro.

En estos últimos días se han divulgado en esta población algunas noticias relativas a las fuerzas aliadas, noticias que reconocen buen origen y que por lo mismo no excusaré referir a V. Se asegura que las fuerzas inglesas que se hayan [sic] en nuestro territorio, se reembarcarán y situarán en las Islas Bermudas, con la mira de proteger la separación de los Estados del Sur de Norteamérica y levantar el bloqueo de sus puestos hasta por la fuerza para lo que cuentan con la Francia que será la primera en reconocer dicha separación, apoyada después por la Inglaterra.

Se dice también que de los dosmil hombres españoles últimamente embarcados en Veracruz, se reembarcarán mil quinientos con dirección a las Islas Dominicas, en donde parece que el traidor Santa-Anna trata de desprenderse de las garras de España. Últimamente se cuenta que el Gral. Prim será relevado por otro jefe español, y que vienen ya en marcha tresmil franceses más con otro caudillo.

Aprovecho esta oportunidad para recomendar a V. que se haga lo posible por aumentar los cuerpos de la Brigada de San Luis, que pronto estará en esta capital, con reemplazos del mismo Estado, poniendo a cada uno siquiera en ochocientas plazas, lo q. es muy conveniente, porque el pie de esa Brig. d. es muy considerable y de fuerza veterana, de suerte que, estando completos, prestarán servicios muy importantes en cualquier parte que se destinen.

Consérvese V. bueno, y disponga como siempre del cordial afecto de su amigo y servidor que lo aprecia.

IGNACIO ZARAGOZA [a Juárez], Chalchicomula, 25 de marzo de 1862:

Cada día estamos recibiendo nuevos insultos de las fuerzas de las naciones aliadas, como se informará V. por las copias que oficialmente le remito hoy por duplicado al Ministerio de la Guerra de algunos documentos que lo prueban, y también por la noticia que con ésta le adjunto.

Yo estoy persuadido de que los aliados, y en particular los franceses no proceden de buena fe, y esperan la salvación de nuestra Patria tan sólo de la fuerza de las armas, pues francamente no considero que sólo la justicia de nuestra causa no funda respeto a nuestros enemigos extranjeros [sic], porque ellos proceden de ordinario fundados en su propio interés y apoyados en la fuerza, procedimiento que indudablemente observan también con nosotros supuesta nuestra debilidad relativa.

Anoche escribí largamente sobre esta materia a V. y a los Sres. Doblado e Hi-

nojosa y ahora duplico a V. ésta, porque temo que se hayan extraviado las comunicaciones de anoche, suplicando a V. la dé por suya también a ellos.

Encarezco a V. pues sobremanera la remisión de más recursos, de más tropas, de la parte que fuere posible de los artículos de guerra que tengo pedidos, de vestuario para los cuerpos que tengo en campaña, y finalmente que se den órdenes al Comandante Militar de Puebla para que me abastezca de abundantes provisiones de boca.

IGNACIO ZARAGOZA [a Juárez] Puebla, 9 de mayo de 1862:

Apreciable señor y amigo: Por el parte oficial que dirijo se informará V. más detenidamente del glorioso triunfo que las armas nacionales han obtenido sobre un invasor injusto, retrocediendo ante unos CC. que no tienen más bondad que la justicia de su causa ni más conocimientos militares que el deseo de servir a su patria.

Estoy arreglando una fuerza suficiente para emprender la persecución del enemigo, la cual comencé [sic] ya adelantando toda la caballería de fuerza regular que tengo, a las órdenes de Carvajal, ordenándole que paralice su marcha con la constante oposición de obstáculos y combates parciales, mientras se les da un golpe seguro. Preparo por lo mismo una fuerza de 5,000 buenos infantes, los caballos con que cuento y dos baterías de batalla y media de montaña bien listas, dotadas movibles y servidas, pues aunque el enemigo se retira y va desmoralizado sabe bien que fue rechazado por un número de fuerza inferior hasta en disciplina a las que él tiene. Nada quiero aventurar que perjudique a la República, sino que deseo presentarla siempre con el esplendor de que es digna y para ello es indispensable llevar por lo menos fuerzas

iguales, bien quisiera poder conducir un número doble, pero esta miseria, estos pueblos tan egoístas, cuando no exhaustos de recursos, me lo impiden. En tal concepto pues, ruego a V. no me olvide con recursos porque comprenderá V. que careciendo yo de manos secundarias que los agencien, ni siquiera el tiempo puede bastarme para atender a ellos y a las operaciones militares que demandan toda mi atención.

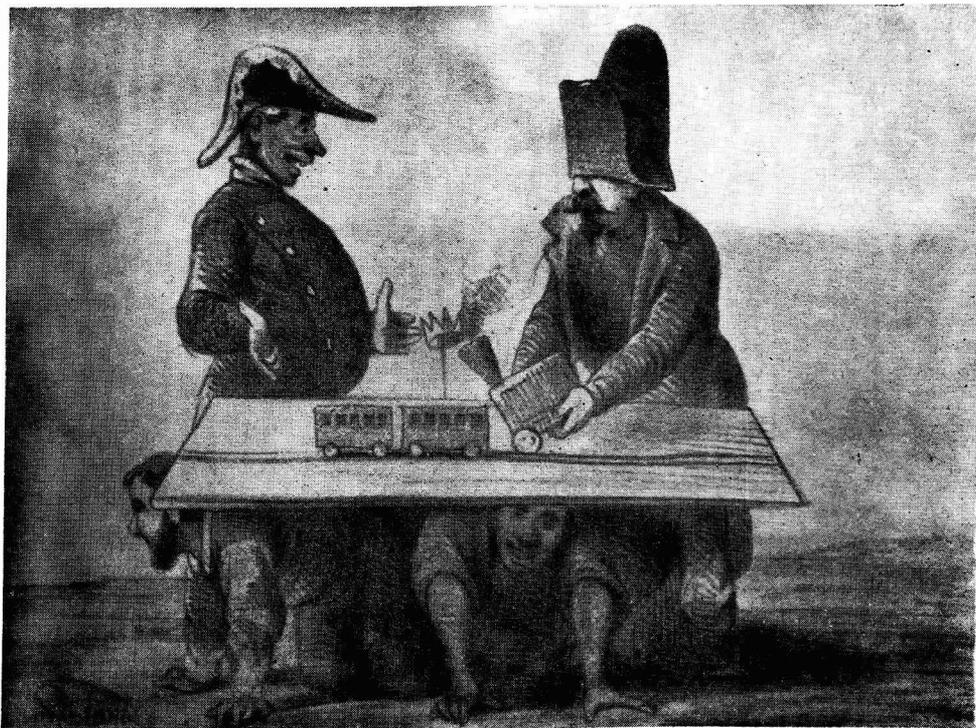
No me parece por demás advertir a V. que por este rumbo existen gruesas partidas de reaccionarios y que el orgullo francés ha sido herido profundamente, y por lo mismo importa mucho que esta Ciudad execrable que no he incendiado porque existen [sic] en ella criaturas inocentes, quede de pronto bien resguardada y que se mande fortificar con regla, sin pérdida de tiempo y sin omitir gastos, para que no nos volvamos a ver en otro caso tan difícil como el que acabamos de pasar.

No hay que confiar en los reaccionarios, son muy infames y aseguro a V. que con excepción de Negrete y otros muy pocos, me he procurado grande afán para poderlos llevar, empresa bien difícil, al frente del enemigo extranjero [sic]. Gálvez, Echegaray y otros han pagado mis consideraciones con una infame defección. En consecuencia, pues, si amnistían más reveldes [sic] no me los mande V. porque entonces no podré ni dormir. Es muy justo recompensar a los valientes que han combatido tan heroicamente por su Patria, pero yo suplico a V. que esto no sea con empleos ni grados militares que tan caro cuestan a la Nación. Expídanse cruces o medallas y la ambición militar quedará cubierta y los servicios premiados sin crear nuevos elementos de bancarrota.

IGNACIO ZARAGOZA [a Juárez], Puebla, 11 de mayo de 1862:

He organizado el Ejército en dos buenas divisiones cada una con 21,000 infantes poco más o menos y además cuento con 1,600 caballos.

A nuestros heridos nada les falta, sin embargo se los recomiendo a V. de una manera apresiva [sic].



Pero, mi general: ¿y cuando esos indios se muevan?...

Ayer visité el terreno o hacienda de los Álamos donde el enemigo tuvo su campamento y estableció su hospital y materialmente quedé horrorizado de ver las huellas de sangre que por todas partes se encontraban. Vi también cinco sepulcros en el sementerio [sic] de la Iglesia, que según me dijeron eran Jefes de los huéspedes, y lo creo porque estaban hechos con cuidado. También vi la fogata donde quemaron a los cadáveres de los heridos que murieron la noche del 5...

A. DE SALIGNY [a Jesús González Ortega], Orizaba, 11 de junio de 1862.

Hemos venido aquí a asegurar las garantías por medio del establecimiento, por la misma Nación, de un gobierno duradero, honrado y regular.

JOSÉ LÓPEZ URAGA, Guanajuato, 19 de octubre de 1862. A Dubois de Saligny con motivo del siguiente párrafo publicado en *El Herald* (29 de agosto):

Uraga, nombrado General en Jefe del Ejército de Oriente, es un hombre de cincuenta y tantos años, bastante valiente; pero ligero, presuntuoso, falso en extremo y embustero como un mexicano; pero a lo menos es militar, ha perdido una pierna en el sitio de Guadalajara, y como ha viajado y visto a Europa se halla en disposición de comparar y juzgar; no se hace ilusiones y me lo ha dado a entender muy claramente comiendo días pasados en mi casa.

PROTESTA DE LOS GOBERNADORES DE LOS ESTADOS DE COLIMA, JALISCO, MICHOACÁN Y QUERÉTARO:

El pueblo mexicano no llama ni desea al Príncipe Fernando Maximiliano, quien no obstante las virtudes domésticas y apacibles de que se encuentra adornado es enteramente desconocido para nosotros. Con el Austria no nos une vínculo alguno, ni hemos tenido con aquel Imperio relaciones diplomáticas ni mercantiles y hasta es común entre nosotros no distinguirlo de la Confederación Germánica. (28 de marzo de 1864.)

TOMÁS MEJÍA [a Uraga], Querétaro, 24 de noviembre de 1863:

He aceptado la intervención porque estoy profundamente convencido de que los arraigados males de nuestro país no pueden tener otro remedio.

La Era, periódico abolicionista y órgano del General Banks (Nueva Orleans) 14 de febrero de 1864:

El Archiduque Maximiliano acepta definitivamente la corona imperial de México. Los capitalistas europeos ofrecen al mismo grandes cantidades de dinero. La misión del General Forey en Washington da por resultado un convenio con los Estados Unidos y éstos no se opondrán al establecimiento de la Monarquía en México; de su parte, Francia promete no reconocer ni ayudar a los Confederados del Sur.

Maximiliano trae refuerzos y una escuadra de buques austríacos y franceses. Estará en México a fines de marzo.

MANUEL MARÍA DE ZAMACONA [a Juárez], Saltillo, 16 de junio de 1864:

La ola de la invasión avanza sin dique ni resistencia y este confín del país a donde no ha llegado, cede bajo nuestros pies y se nos va tornando en terreno inseguro y enemigo. Los planes y las esperanzas de la Intervención, que hace un año provocaba nuestra risa, y apellidábamos quimeras, han venido a ser una realidad: el invasor se ha extendido por el país estableciendo inmensas y no interrumpidas líneas militares; ha tenido reposo para ocuparse en trabajos propios de tiempos eminentemente pacíficos; ha reestablecido la línea telegráfica desde Querétaro hasta Veracruz; ha hecho avanzar hasta Paso Ancho los trabajos del camino de hierro; ha regularizado el servicio de la estafeta; ha conseguido reestablecer la seguridad en las principales vías; nos ha ido robando las simpatías de las poblaciones; se ha apoderado de la confianza del público que pone en sus manos conductas de caudales como no se habían visto en mucho tiempo; va atrayendo a su derredor muchísimos miembros del Partido Independiente; gana terreno en las cortes extranjeras y en el crédito bursátil hasta el punto de

que el hermano del Emperador de Austria se decide a ocupar el trono que ha levantado en México la traición, que aun el sesudo rey de los belgas reconocerá su gobierno y le abrirán sus arcas los banqueros de París y Londres... y la impresión se hace más profunda cuando el cuadro que precede se coloca junto al que se presenta el gobierno nacional en un rincón del país... Al refugiarnos en estas poblaciones las hallamos llenas de simpatía y benevolencia para con nosotros y su franca adhesión fue de gran provecho para que el gobierno no sucumbiera moralmente en la cuestión con don Santiago Vidaurri. En el fondo de la acogida cordial y hospitalaria que nos hicieron Nuevo León y Coahuila había una esperanza que nosotros mismos atizábamos de que cesaran las vejaciones que estos pueblos estaban sufriendo... [...] De tiempo atrás lamento que el militarismo, por cuya extirpación tanto hemos combatido, halle de nuevo brechas por donde recobrar en el país su predominio. Los jefes militares que antes se sobreponían al poder civil por el motín, hoy hacen lo mismo por la intimidación. Método más cómodo para ellos, porque les ahorra hasta el trabajo de pronunciarse...



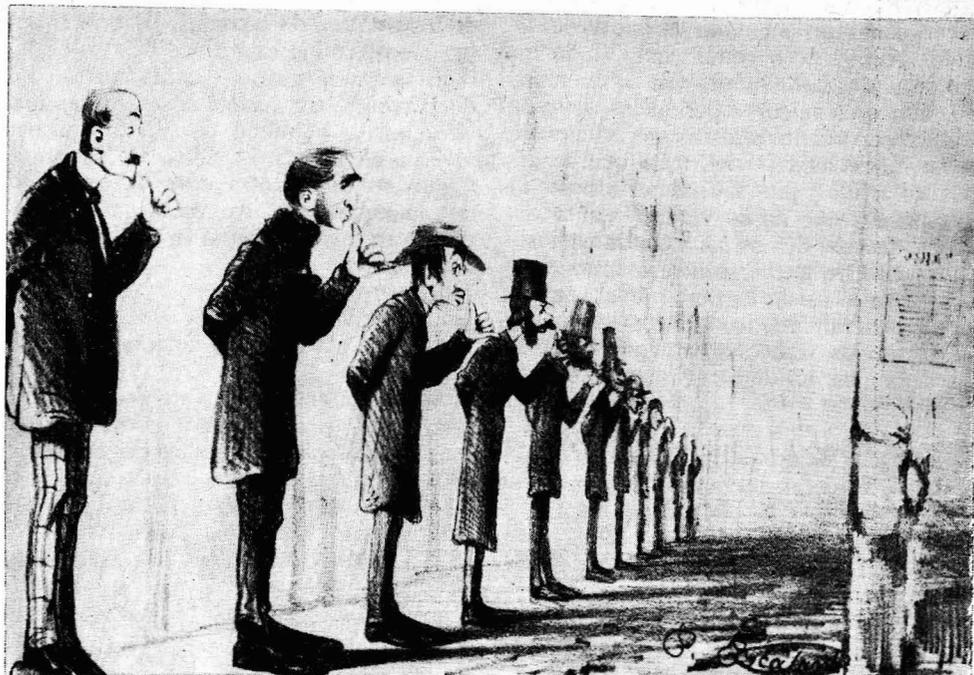
—Palomita, ¿qué haces ahí parada en esa pader?
—Esperar a mi palomo, que me venga a socorrer



Cierto es que Francia no ha podido tomar a Puebla; pero en cambio Puebla ha tomado a los franceses

J. W. ZERMAN [a Juárez], Londres, mayo 9 de 1864:

Me permito informar a V. E. que he conferenciado largamente con S. A. el Archiduque Maximiliano de Austria informándolo del verdadero sentir nacional de México, y él me ha manifestado que a su vez sentía mucho que no lo hubiera visto yo antes de comprometerse con el Emperador de los franceses a ir a México. De haber S. A. tenido oportuno aviso de la falsedad de las representaciones que entonces se le hicieron, no habría hecho semejante promesa; pero que sin embargo de haberla hecho, solamente que el Emperador francés le instase a su cumplimiento abandonar la Europa, asegurando que si al llegar a México encontraba que aquella nación se oponía resueltamente al establecimiento de la forma monárquica, él no intentaría entrar en conflicto con una nación a la que no obstante pretende gobernar mediante la ayuda de fuerzas extranjeras. En vista de su posible regreso, el Archiduque se ha reservado por el término de seis años el derecho de sucesión al trono de Austria.



Nuevo sistema de telégrafo para las noticias de la campaña, adoptado en la línea del correo

IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO [sobre Juárez], Acapulco, 28 de mayo de 1865:

Más fácil es que la tierra se salga de su eje, que ese hombre [se salga] de la república. Ese hombre no es un hombre: es el deber hecho carne. Pero ¿dónde está?, me han replicado. Yo no sé cómo se llama la línea de tierra que ocupa en este momento; pero él está en la República, piensa en la República, trabaja por la República y morirá en la República.

JESÚS TERÁN [a Juárez], Londres, 12 de octubre de 1865:

Repruebo la conducta que está observando el gobierno de Washington porque es ofensiva a la fraternidad americana, como a la democracia y a la libertad en general; pero tampoco querría su intervención. Mi deseo es que nos preste su apoyo moral, es decir que repruebe en alta voz, sin embozo y oficialmente, la Intervención haciendo entender que si nosotros sucumbiéramos en la lucha, los EU. tomarían a su cargo echar a los franceses y a Maximiliano.

E. LEFEBRE [a Juárez], Londres, 20 de abril de 1866:

Ledru-Rollin me ha recomendado transmitirle sus sentimientos; me ha repetido que, gracias a la constancia, a la abnegación, a la energía que usted ha desplegado en esta lucha, la conciencia humana le deberá este hermoso triunfo del derecho sobre la fuerza, yo, señor presidente, me siento a la vez feliz y orgulloso de servir, en circunstancia tal, de intermediario entre dos hombres que respeto y quiero de la misma manera; que han defendido, uno en México, otro en Francia, las ideas a las cuales he dedicado mi vida y a las cuales me vanaglorio en pertenecer. Ahora, más que una falta hay un error a reparar, y sólo diciendo la verdad en todo y sobre todo podrán comprender los que se han separado de nosotros, más por un sentimiento de patriotismo mal comprendido, que por el placer que experimentan al escuchar la loa de las glorias del ejército francés. [Traducción.]



Soldados: desde lo alto de aquella prominencia, con telescopio nos están mirando

JOSÉ MARÍA MICHUCA [a Juárez], Veracruz, 4 de julio de 1866. [Después de informar sobre el pronunciamiento de Paso de Ovejas y sobre las sublevaciones en las cercanías de Córdoba, Xico y Teocelo]:

Sólo el Estado de Puebla permanece impávido, ni una mosca se mueve en aquellos rumbos. ¿Qué castigo merece en el porvenir?

J. BUSTAMANTE (24 de diciembre de 1867):

Durante la última guerra, tuve el gusto de prestar a mi patria un servicio que muchos han considerado interesante, y que no todos estaban en aptitud ni en circunstancias de poder prestar. Para mí, uno de nuestros principales elementos de guerra consistía en manifestar a la opinión pública tanto en Francia como en toda la Europa, cuáles eran los avances irregulares de la política del emperador Napoleón, cuáles debían ser sus naturales consecuencias y cómo la República estaba viva no sólo en las armas de nuestros soldados sino, por decirlo así, en la inmortalidad de nuestros sentimientos. Ningún medio para esto más a propósito que

el que yo adopté de escribir revistas periódicas de la situación pública, en las que procuré apreciar con exactitud los sucesos que estaban pasando, considerándolos bajo el doble punto de vista de los intereses europeos y de los intereses americanos. Tuve la satisfacción de que el Sr. D. Luis Maneyro, nuestro antiguo cónsul en Burdeos que residía a la sazón en París, y a quien yo remitía mis revistas, las pusiera en muy buenas manos; y aquellas revistas, de las que muchas se publicaron, tuvieron el honor de ofrecer buenos datos y buenas consideraciones para los brillantes discursos de Julio Favre y de otros diputados opositores en Francia.

FEDERICO RITTEN [pseud.] [a Harry Macllen], México, 31 de enero de 1866:

Bien claro se ve que todo tiende a hacer de la República una colonia francesa, y a establecer una monarquía que amagaría más tarde las instituciones de las demás repúblicas del continente americano. [...] No tiene usted idea de la grita que han levantado los periódicos imperialistas por los sucesos que sabrá V. ya de la toma de Bagdad o Boca del Río; pues los exageran hasta el infinito para hacerlo apa-

recer como un atentado horrible de filibusterismo; pero como verá V. de un editorial de *La sombra*, que le acompaña, aun esos mismos periódicos se contradicen en cuanto a las exageraciones de robos, asesinatos y violencias que se dicen cometidos por CC. americanos; lo que prueba que no es verdad cuanto dicen, y que sus deseos son concitar odiosidades en este pueblo contra los americanos; pero ni así lo logran; por el contrario, la generalidad dice que con tal de que se vayan los franceses, aunque vinieran los demonios, no digo regimientos de negros.

FRANCISCO NARANJO [a Juárez], Villadama, 28 de enero de 1866:

Después del sitio de Matamoros, donde si no fuimos vencedores tampoco fuimos vencidos, nuestra situación ha ido mejorando visiblemente. Después de los triunfos repetidos obtenidos por nuestras armas en Monterrey sobre los franceses y traidores, ni los unos ni los otros se han aventurado a salir sobre nosotros, antes bien se han limitado a la defensiva, ocupando y desocupando sucesivamente las plazas de Saltillo y Monterrey. A despecho de su orgullo y poder, nuestros soldados merodean constantemente sobre los muros de ambas ciudades y los mantienen en eterna alarma. Creemos firmemente que nuestros esfuerzos no serán estériles y [que] muy pronto los palacios de nuestros estados fronterizos volverán a ser los templos de las leyes republicanas, y que nuestros pueblos ya para siempre libres del despotismo francés y limpios de traidores, nos darán todos sus brazos para volar a libertar a nuestros demás hermanos oprimidos. Así lo espero, así lo creo. Si los franceses y traidores en todo el apogeo de su poder, después de tantas victorias que para nosotros han sido reveses de muerte, no pudieron ni han podido establecer su ominosa dominación en nuestro país, hoy mucho menos podrán conseguirlo. Aquí sí podemos ya decir con noble orgullo, que sólo son dueños del suelo que ocupan las suelas de sus zapatos. En todos los pueblos de estos estados rige el sistema republicano, y de día en día la fe crece, y se robustece la creencia del triunfo final de nuestra causa.

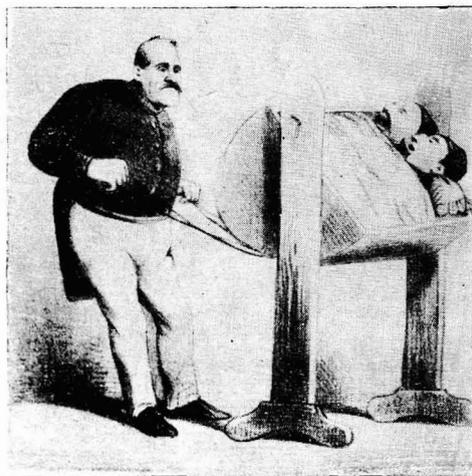
MARTÍN SALIDO [a Juárez], Batosigahchic, 28 de julio de 1866:

En la enajenación de terrenos que se efectúa en esta parte de la Tarahumara donde mi vista puede alcanzar, se comete a mi juicio una grande iniquidad con los indígenas que los poseen quizá desde la creación del hombre. ¿Qué saben estos desgraciados, que no conocen ni nuestro idioma, de lo que deben hacer para conservar lo que les dejaron sus ascendientes desde mil generaciones? Y sin ciencia, sin recursos y sin valor para nada, ¿qué arbitrio les queda? . . . La Ley Agrícola del Estado dejaba a esos infelices el pedazo de tierra que desde tiempo inmemorial poseían fuera de sus pueblos, y adonde se retiran con sus miserables rebaños. La caridad unida a la justicia pugnan con lo que pueda contrariar tan benéfica determinación, y yo espero, señor, que en el Gob. de V. no habrá razón para que las lágrimas bañen el rostro de esos desgraciados. Se acaba de dictar una providencia por el juez que ya conoce

de los asuntos de terrenos, fijando el angustioso término de quince días a los indígenas que poseen el Guaragonichi, para que vayan a hacer valer sus derechos hta. esa ciudad. ¡Quince días para quienes viven a ciento y más leguas de la capital y que no tienen otra cosa de qué vivir que la leche de cuatro vacas que alimentan entre los riscos que la codicia les va a arrebatar!

EDUARDO S. HERRERA [a Pedro Santacilia], Veracruz, el 16 de julio de 1866:

Aunque el muelle y sus alrededores estaban llenos de un gentío inmenso que había acudido allí por mera curiosidad al acto de la llegada y del embarque, pasó éste en un silencio sepulcral. El Prefecto y el Alcalde Municipal intentaron victorear a S.M.; pero sus vivas quedaron sin respuesta. El vapor francés "Impératrice Eugenie", llevando a bordo a Carlota, salió a las 5 de la tarde, hasta cuya hora estuvo esperando un porta-pliegos del Mariscal Bazaine, que llegó a las 4 y me-



Movimiento de los franceses

dia. Voy a referir a V., tal como me la han contado, una entrevista que tuvo P. Velazco, Chambelán, con la Emperatriz. Dicen que luego que ésta llegó a Córdoba, manifestó deseaba hablar largamente con don P. Velazco, y ordenó que se comunicase a éste, por telégrafo, su deseo, a fin de que se hallase en Paso del Macho a la llegada allí de S.M.

Velazco se hallaba en su hacienda del Novillero: le comunicaron en el acto el telegrama de Córdoba, y en el acto se puso en camino, tomando un tren especial que lo condujo a Paso del Macho.

Introducido en presencia de Carlota, ésta le dio las gracias por su deferencia, y entrando desde luego en materia, le manifestó que había querido tener una entrevista con él, porque sabía que es una persona culta que por su fortuna y posición independiente está libre de todo interés o influencia de los que mandan, y además porque tenía noticias de ser su persona muy franca e incapaz de disimular la verdad: que tanto ella como su esposo tenían la desgracia de ignorarla las más de las veces, no llegando hasta ellos más que el incienso de la adulación y que precisamente por eso ansiaba por [sic] encontrar una persona que sin embozo le dijera cuál es la opinión pública, y etc., etc. Finalmente le invitó a hablarle con la misma franqueza, que si hablase a una hermana. Preguntóle cuál era el sentir de la población de Veracruz, a lo que Velazco le contestó que en Veracruz no había imperialistas más que los funcionarios públicos, y aun éstos sólo por el in-

terés de los puestos que ocupan y de los sueldos que disfrutan; que en Veracruz todos son republicanos liberales, lo cual es sabido de todo el mundo. Le preguntó en seguida sobre varias cosas y finalmente le dijo: —¿Y qué se piensa acerca de mi viaje? —Que V.M. se fuga.

Inmutóse algo Carlota al oír tan brusca franqueza; mas reponiéndose en el acto replicó. —Pues los que tal creen se equivocan, Sr. de Velazco. Ni a mi esposo ni a mí se nos ocultan las dificultades de la situación presente: palpamos la crisis en que estamos envueltos; pero tanto él como yo, estamos bien resueltos a llevar a cabo la obra que hemos emprendido, por difícil que ella sea. Identificados con la suerte de México, mexicanos de corazón, estamos resueltos a ir hasta el fin. Si sucumbimos en nuestra empresa, será porque así deba ser. Recientemente se han celebrado en México diversas juntas de Ministros: se ha acordado enviar una persona a Europa p.a. conferenciar con el Emperador Napoleón sobre la difícil situación que él y nadie más que él nos ha creado; p.a. arreglar definitivamente con el Santo Padre las cuestiones religiosas pendientes, y para procurarnos un empréstito que nos proporcione los recursos necesarios para hacer frente a los compromisos del Imperio. Respetando como respeto el valor de las inteligencias mexicanas, he insistido en encargarme yo misma de esa misión, pues estoy convencida que ¿quién, con más empeño que yo, puede agotar los medios que haya de realizar un empréstito? Puede V. pues, repetir, Sr. Velazco, esto que la Emperatriz de México os aseguro.

Voy a Europa; pero volveré, y volveré, espero, habiendo logrado el objeto de mi viaje.

¿Qué tal? Como me lo contaron te lo cuento. ¡Si non é vero, é bien trovato! El mariscal Bazaine y Maximiliano están decididamente BROUILLÉS, pero todo lo hay de más, peleados. Dicen (ya sabe Ud. que DICEN es un gran embustero) . . .

FRANCISCO ZARCO [a Juárez], 25 de septiembre de 1866:

Mucho celebro esta segura restauración de la República que es la más digna recompensa de la constancia, de los afanes y de los sacrificios de V. Está V. a ser llamado una vez más el restaurador de todas las instituciones, y la política de energía que está V. siguiendo contra los traidores, me da las mejores esperanzas de q.e. el triunfo será provechoso y útil para el país. Bien sé q.e. V. no es capaz de odio ni rencores; pero su primer deber es mostrarse inflexiblemente justiciero, porque sólo así se evitará q.e. se repita el escándalo de la traición.

JUAN J. BAZ [a Juárez], San Juan del Río, 19 de junio de 1867:

Hoy hemos recibido el parte del fusilamiento de Maximiliano, y yo felicito al Gob. por la indomable energía que en este acto ha demostrado. Compadezco al hombre lo mismo que a los mexicanos que hay que sacrificar; pero este acto de severidad era indispensable para matar el principio que la persona representaba, y quitar el pretexto de revolución a los trastornadores del orden. Este ejemplo hará que en Europa se nos respete y quitará las ganas a otros aventureros de venir por acá.

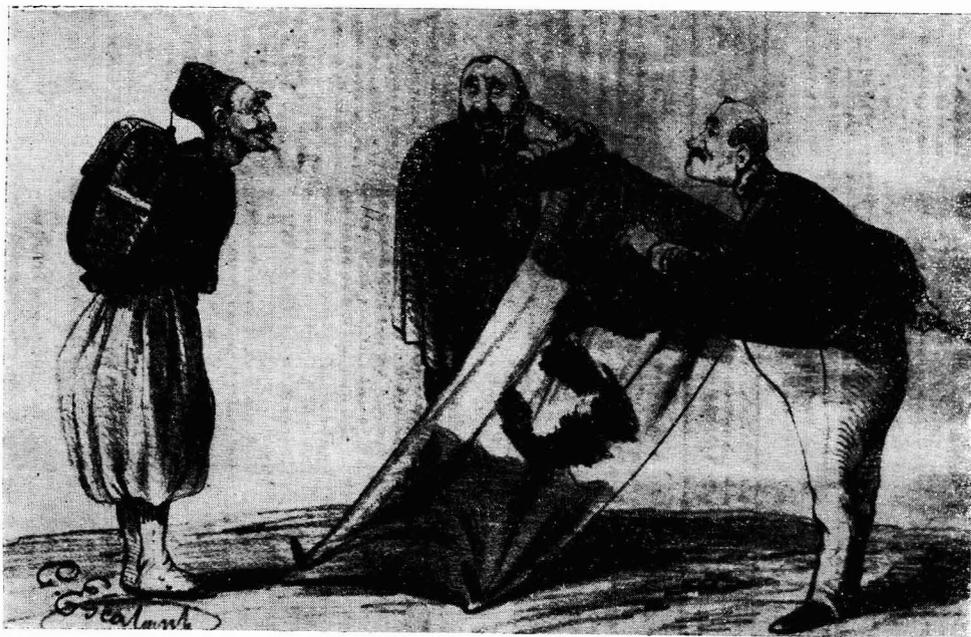
M U S I C A

Maximiliano y Carlota en música

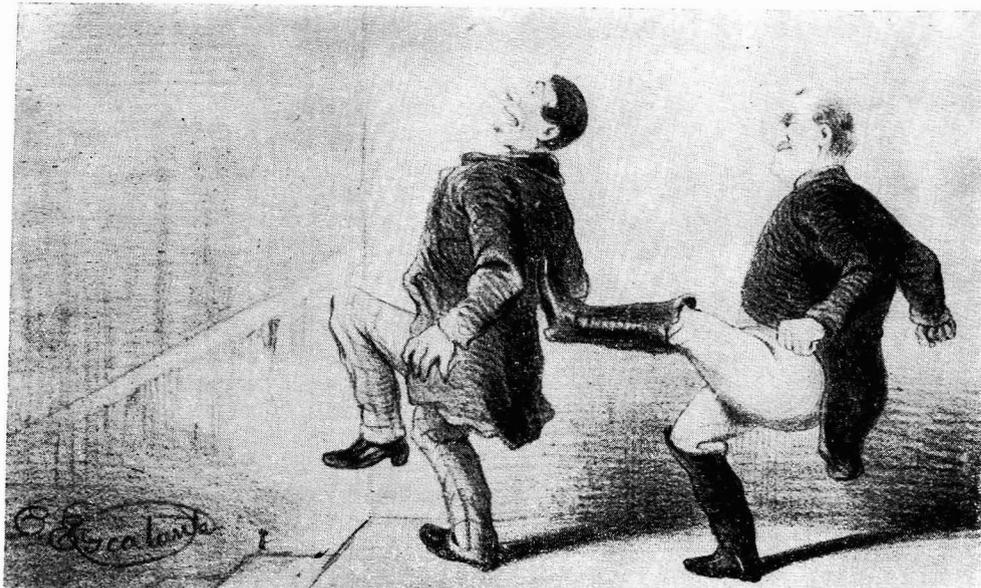
Por Juan Vicente MELO



La mayoría oprimida ofrece su protección para sacarlos del atolladero



—¡Hea polissones! Venid a limpiar conmigo la mancha de nuestro pabellón
—Mi general, ¿y si al limpiarla se rompe?



El general Almonte en el momento de hacer su renuncia voluntaria al cargo de jefe supremo de la nación

Si queremos encontrar una *visión* musical de la Intervención Francesa tenemos que recurrir, forzosamente, a la lírica popular. El relato testimonial de la época ha sido recogido y contado a través de una primera persona que sabe hacer suya —y, por consiguiente, nuestra— toda esa historia. Las canciones y “corridos” que nacieron durante la Intervención resultan, por una parte, la mejor manera de conocer el sentir del país, de reconstruir los pasos sucesivos de la guerra, de ver los hechos y los hombres con mayor claridad que muchos documentos, de establecer toda una semiología mítica de la epopeya (Puebla y Querétaro, por ejemplo, son otras ciudades, muros enemigos a la vez que recintos sagrados, lugares donde se libran batallas casi rituales); por otra, canciones y “corridos” de la Intervención aportan nuevas riquezas a la expresión folklórica mexicana. Entre éstos y aquéllas sobresale *Adiós Mamá Carlota*, acaso la única vez que la extraordinaria figura de la emperatriz, romántica y enternecedora descendiente de Lady Macbeth, ha sido vista y cantada como verdadero mito.

En cambio, si queremos volver los ojos a eso que se ha dado en llamar “el terreno de la música culta”, la *visión* se vuelve prácticamente inexistente, como si los hacedores de aquel tiempo —sus leyendas y los sucesos, tan propicios a la recreación operística— no ofrecieran al compositor material provechoso. Tal vez alguna ópera romántica sobre Maximiliano y Carlota duerma en polvosos archivos; nada sabemos sobre esto. Lo cierto es que los autores de óperas, durante el incierto romanticismo musical mexicano, sólo vivían para hacer cantar un mundo deliciosamente indígena al estilo italiano (la *Atzimba*, de Ricardo Castro, versión curiosa en terreno tarasco de *Aida*, podría ser un buen ejemplo). Las generaciones que continuaron al romanticismo, los autores que ahora escriben, siguen, en términos generales, decididos a descubrir o inventar nuestro pasado musical, preocupados por “ennoblecen” la riqueza folklórica, practicando un nacionalismo trasnochado y ramplón. Han olvidado un tema favorable, específicamente operístico, la gran oportunidad de establecer, por primera vez, la primera ópera mexicana sobre el amor y la muerte. Sin embargo...

Un título asoma de inmediato: *Carlota* de Luis Sandi, ópera en un acto escrita por encargo del Instituto Nacional de Bellas Artes, basada en un libreto de Francisco Zendejas, estrenada en 1948 junto con sus inseparables hermanas: *Elena, la traicionera*, de Eduardo Hernández Moncada, y *La mulata de Córdoba*, de José Pablo Moncayo. Por más de una razón, la ópera de Sandi constituye un caso excepcional, casi un milagro en la historia de nuestra música. Por el tema, desde luego; por el libreto de Zendejas, que constituye una increíble muestra de humor involuntario, la primera vez que la literatura mexicana incorpora la carcajada como una de las bellas artes; y, claro, por la música, acorde con el libreto que la sostiene y la anima, resumen para niños de primer año de un puccinismo tan inocente como ridículo. La acción del trabajo de Zendejas-Sandi transcurre en el momento que Maximiliano “comprende” que su Imperio se está desmoronando y envía a Carlota a solicitar ayuda europea, todo esto en un marco de valsos y mazurkas y en las voces de dos personajes —el Destino y la Patria, ay, con mayúsculas—,

raquítico coro trágico que recita un célebre catálogo de ripios. No sólo las figuras de Maximiliano y Carlota han sido reducidas a un espectáculo lamentable; el género mismo, la grandeza del arte de la ópera, esa forma de expresión que Marco da Gagliano, "maestro de capilla" de San Lorenzo en Florencia y fundador de la Academia Dgl'Elevati calificaba, en el prefacio a *Dafné* (1608), como "espectáculo de príncipes, admirable entre todos porque en él se reúnen los más nobles placeres: la invención poética, el drama, el pensamiento, el estilo, la dulzura de las rimas, el encanto de la música, el concierto de las voces y los instrumentos, la belleza exquisita del canto, la gracia de las danzas y los gestos, el atractivo de la pintura misma (en el decorado y el vestuario), en fin la inteligencia y los más nobles sentimientos", se convierte, gracias a los talentos de compositor y libretista, en el equivalente perfecto de los *films* mexicanos que han reconstruido el mismo tema.

La crítica, sin embargo, fue benevolente. Y aun entusiasta, como lo prueban estas líneas, escritas por el entonces crítico de la revista *Nuestra Música*, Luis Herrera de la Fuente (año III, núm. 13, enero de 1949): "Luis Sandi emplea en su *Carlota* un lenguaje musical conciso y expresivo. A nuestro juicio, Sandi consigue sus mayores aciertos en el tratamiento de las voces y en la fina instrumentación. El libreto, de Francisco Zendejas, tiene un sutil contenido poético... (...) Si el argumento no fue desarrollado y terminado como merece, la música sí lo fue, dentro de las limitaciones impuestas por el propio argumento. En efecto, la partitura tiene unidad de estilo y de construcción; abunda en melodías de noble línea y apoya con eficacia los movimientos dramáticos." Quienes tuvieron oportunidad de admirar esta joya de la música mexicana en su exhumación, el año pasado, podrán comprobar las veleidades de la historia.

(Descartemos, en este recuento musical, un título sugestivo pero engañoso: el tríptico sinfónico *Chapultepec*, de Manuel M. Ponce, pues ninguna de sus dos versiones intenta reconstruir el ambiente en que vivieron los personajes principales de ese drama de amor y de muerte. Pablo Castellanos, en un análisis de la producción del iniciador del nacionalismo musi-

cal mexicano, anota que *Chapultepec* es, ante todo, un resultado del impresionismo francés — y su estructura, para no ir más lejos, un reflejo condicionado por los tres bocetos sinfónicos que integran *El mar* de Debussy. El primer trozo se llama "Primavera" y evoca el ambiente del bosque, llevándonos, en sucesiones pentafónicas, a una prehispanidad tranquila; el segundo, un nocturno, incluye *Marchita el alma*, mientras que el tercer movimiento se antoja —dice Castellanos— "como una alusión a las romerías del pueblo indígena y mestizo".)

En cambio, hay que detenernos en *Maximiliano* de Darius Milhaud, gran ópera escrita en 1930 y cuya reposición se anunciaba para estos meses en París, en virtud de los primeros setenta años del autor, uno de los más prolíficos que registra la historia de nuestros días. Una entrevista publicada con motivo del aniversario, la relectura de *Notes sans musique*, libro autobiográfico, y el conocimiento de una correspondencia entre Milhaud y Alfonso Reyes no dejan de provocar la curiosidad. Desde que Milhaud trabajó como secretario de Paul Claudel en la Embajada de Francia en Brasil, la tentación "sudamericana" figura en su catálogo: a las partituras brasileñas se añaden los tres grandes monumentos líricos consagrados a una cierta forma del descubrimiento de América: *Cristóbal Colón* (1928-1929), *Maximiliano* (1930) y *Bolívar* (1943). Si en *Cristóbal Colón* Milhaud confirma una vez más el simbolismo anacrónico de

Paul Claudel, si *Bolívar* responde, a través de Jules Supervielle, a un sentimiento de libertad, *Maximiliano* es la gran tentativa lírica, la incursión definitiva por el espectáculo operístico.

En 1927 —y la historia está contada por Milhaud a Alfonso Reyes—, en la biblioteca del barco que lo regresa a Europa, el compositor encuentra la narración de la "expedición" a México por un joven oficial belga. "Leí con mucho interés, anota Milhaud en su autobiografía, las descripciones de los bosques, las montañas y los vestigios artísticos de la prodigiosa civilización azteca, pero lo que más me interesó —porque no había profundizado en ese periodo histórico— fueron los detalles de la expedición. Mis nociones sobre la guerra de México se limitaban al cuadro de Manet que representa el fusilamiento de Maximiliano o alguna "decoración" piadosamente conservada por amigos en recuerdo de un antepasado que, como el Aduanero Rousseau, había combatido con los belgas y los austriacos para intentar la consolidación del imperio de Maximiliano". Impresionado por las figuras de Maximiliano —"a la vez humano y timorato"— y de Carlota —"ambición desmesurada"—, Milhaud decide escribir, inmediatamente, una ópera *histórica* y "espectacular". En París, lee las memorias del Conde Corti; en Bruselas, asiste a los funerales de la emperatriz. Un día, le indican una pieza teatral de éxito: *Juárez und Maximilian* de Franz Werfel, por ese tiempo ligado amorosamente con Alma Mahler, amiga de Milhaud. Armand Lunel escribe el libreto respetando la idea esencial de la obra de Werfel: la concepción de la existencia como tensión entre dos agonistas, las dos fuerzas —el yo y lo que es hostil al yo— que formulan el drama de la vida y, sobre todo, la aspiración a la libertad total, el rechazo de todo conformismo, la tónica dominante en el pensamiento de Werfel: el parricidio como acto supremo de liberación, la absolución del criminal y la culpabilidad de la víctima. Es entonces cuando Milhaud escribe a Alfonso Reyes —a quien había conocido en París, cuando éste era embajador— solicitándole material folklórico. La gestación de *Maximiliano* se ve interrumpida por *Cristóbal Colón*; cuando termina, al fin, la ópera, juegan razones de Estado: los servicios de Bellas Artes juzgan prudente someter el libreto a las representaciones diplomáticas de Bélgica, de Austria y de México, quienes lo aprueban. Interviene entonces el nieto de Bazaine, preocupado por la presencia de su abuelo en una escena operística. A las representaciones asisten el coronel Hans, la hija del general Malletterre, la viuda de Porfirio Díaz. La obra, estrenada en la Ópera de Berlín, constituyó un sonado fracaso. Sin embargo, aparte el interés meramente anecdótico y acorde con este número, el *Maximiliano* de Milhaud representa una de las experiencias más claras del autor dentro de la politonalidad, un trabajo riguroso que tiende al orden estructural clásico, un vasto mural que no descuida las exigencias de la prosodia francesa y que permite el total desenvolvimiento de la desbordante invención melódica. Esperemos que la celebración del centenario de la batalla de Puebla o la recordación de los setenta años de un compositor tan mal conocido entre nosotros, nos permitan compartir esta particular *visión* musical de la Intervención Francesa.



Frutas y pan pintado



Ya la reacción se murió, / ya la llevan a enterrar, / entre cuatro trinitarios / y una vieja por detrás

Maximiliano de Milhaud a través de la correspondencia del autor con Alfonso Reyes

ALFONSO REYES [13 de febrero de 1927, segunda libreta de Diario, p. 124]

Fui a la primera de *Les Malheurs d'Orphée* de Darius Milhaud.

De DARIUS MILHAUD a Alfonso Reyes [sin fecha, dirección del compositor al margen derecho —10 Boulevard de Cligny, París—, dirigida a Buenos Aires, donde se encontraba Reyes]

Muy querido embajador: ¡Qué lástima que haya usted dejado París en el preciso momento en que empezaba a conocerlo mejor. Nosotros hablamos a menudo de usted con Adrienne Monnier en cuya casa hojeaba ayer los álbumes de fotografías que ella acaba de recibir.

Si usted estuviera aún en París le pediría que me contara muchas cosas sobre ese admirable país, porque empezaré muy pronto una obra muy importante sobre uno de los grandes momentos de la historia de México. Haré una gran ópera histórica basada en la obra del dramaturgo austriaco Franz Werfel, *Juárez y Maximiliano*. Imagínese usted que a mi regreso de Nueva York leí por casualidad algunos libros que había en la biblioteca del barco y que eran amenos relatos de viaje de un oficial belga en México — al que conocí en Bruselas en ocasión de la muerte de la Emperatriz Carlota. En ese momento leí muchos artículos sobre ese suceso de esa historia verdaderamente extraordinaria. El asunto me preocupaba cada vez más; leí el libro del Conde Corti y decidí extraer una ópera histórica sobre el tema de la historia de Maximiliano. Ignoraba la obra de Werfel. El azar de un viaje a Viena nos reunió y anunció esa colaboración.

Evidentemente, tendré necesidad de hacer un gran trabajo de orquestación. Me gustaría mucho trabajar todo el folklore mexicano necesario para el ambiente musical de esta vasta ópera. ¿Podría usted ayudarme en esto? Y puesto que, desgraciadamente, no pude emprender un viaje a México para trabajar allí mismo, ¿podría usted indicarme si hay obras publicadas en México sobre el folklore mexicano indígena, etcétera, cuyos elementos me serían indispensables?

Lamento darle esta molestia. Pero usted es tan amable que no vacilo en dirigirme a usted.

Mi esposa se une a mí para saludarles a usted y a la señora Reyes y comunicarles la expresión de nuestros más fieles recuerdos.

D.M.

P.S. Me sería particularmente útil si hay, en el momento de la lucha entre Juárez y Maximiliano, canciones revolucionarias juaristas, porque al fin de la obra de Werfel (que usted seguramente conocerá) hay en escena un tumulto de los juaristas vencedores (después de la muerte del emperador) que proclaman la República al compás del Himno Nacional de México. Me gustaría utilizar cantos populares de la época que seguramente surgieron en los tiempos de la República. De nuevo perdón, y gracias por adelantado.

De DARIUS MILHAUD a Alfonso Reyes [id.]

Muy querido embajador: Su amable telegrama que recibí este verano me ha conmovido infinitamente. Recibí de México, gracias a su diligencia, una serie de canciones con la bellísima *Mamá Carlota*.

Werfel se ocupa de mi libreto y no empezaré la ópera aproximadamente hasta la primavera.

¿Se siente usted bien estando tan lejos? Esa inmensa lejanía que tanto han deplorado sus amigos acaso le permite trabajar más tranquilamente que en París — y qué bellos poemas podrá usted escribir en esa soledad austral.

Trasmítame mis respetos a la señora Reyes y crea usted en su fielmente devoto

Milhaud

De MADELEINE MILHAUD a Manuela Reyes [sin fecha]

Querida señora: Mañana salimos para Bélgica. Esperaba verles en su casa para despedirme de ustedes.

Lamento no poder asistir a la cena del viernes. Espero que nos veamos pronto.

Crea en la seguridad de mis mejores sentimientos.

M. Milhaud

De DARIUS MILHAUD a Alfonso Reyes [escrita en Mills College, Oakland, California]

Muy querido amigo: Los trágicos sucesos de mi pobre país me han hecho can-

celar el viaje que debería hacer por los Estados Unidos. Llegué con mi esposa y mi hijo, el 15 de julio, de Nueva York. Ahora enseño música en este lugar (Mills College). Tuve noticias de usted por Diego Rivera a quien encontré en un merendero cerca de San Francisco. Supe por Stravinski el maravilloso impulso artístico que Chávez está dando a México.

Es posible que muy pronto hagamos una "excursión" en territorio mexicano puesto que tenemos unas "visitors visa" y quisiéramos cambiarlas en "guests visa", lo que parece muy complicado.

¿No vendrá usted a California? Tendré mucho gusto en volverlo a ver. Creo que no he vuelto a saber de usted desde el tiempo en que tan gentilmente me envié los documentos del folklore cuando escribía mi *Maximiliano*, en abril de 1930. Muy cordialmente.

Darius Milhaud

De ALFONSO REYES a Darius Milhaud [fecha en México, D. F., el 5 de noviembre de 1940 dirigida al Mills College en Oakland, California]

Querido amigo: Su carta del 25 de octubre me ha causado gran placer. Estoy siempre al pendiente de la suerte de mis queridos amigos franceses. Me dio mucho gusto saber que está usted en Estados Unidos, acompañado de la señora Milhaud y de su hijo. Si, como espero, encuentro la posibilidad de visitar nuestro país, cuente de antemano que hallará entre los mexicanos un poco de su Francia, de nuestra Francia. Muy cordialmente.

Alfonso Reyes

Traducciones de J.M.V.



Benito Juárez, linóleo de Erasto Cortés

TEATRO

Cinco de mayo

Por Jorge IBARGÜENGOITIA

"Un soneto me manda hacer Violante
en mi vida me he visto en tal aprieto."

"Cinco de mayo, Intervención Francesa y nada de bromas", me ordenaron los jefes de esta publicación, así que allá va.

Empezaré por una declaración de principios: no conozco la obra de Werfel, ni siquiera estoy seguro que el nombre se escriba así, ni la de Martita no sé Cuántos que se intitula *Phantom Crown*, ni *Miramar* de Jiménez Rueda; es más, no es probable que llegue a conocerlas a menos que me dé meningitis o algo; por otra parte, considero que *Corona de sombras* está más que discutida, y ya dije lo que tenía que decir acerca de la obra de Wilberto Cantón. En cuanto a las películas, recuerdo una toma (de esto hace unos treinta años) de unos sombrerudos masticando caña y escupiendo el bagazo, mientras contemplaban la patética entrada, en carroza, de Maximiliano y Carlota que agradecían "a la Isabel II" los aplausos que nadie les tributaba; luego, supongo que esto era otra película, Medea de Novara se paseaba por las terrazas del Castillo de Chapultepec extasiada por los acordes de "Si a tu ventana llega una paloma, etcétera"; y por fin, supongo que esto habrá sido todavía otra película, un Maximiliano que bien pudo ser Enrique Herrera, vestido de chinaco, metiéndose unas pistolas en la faja, desentendiéndose de las recomendaciones de los que le advertían: "No salgas, Max, que te matan." Sale. Disolvencia. El calabozo. Entran Mejía y Miramón: "Su Majestad por aquí, Su Majestad por allá..." Y Su Majestad haciendo chistes acerca de que: "Mañana nos matan." Y al día siguiente, Maximiliano les da propina a los que lo fusilan, se oye una descarga, *panning* del cielo mexicano: se oye "Si a tu ventana llega una paloma, etcétera"; aparece en la pantalla la palabra FIN. Como dijo el erudito don Tomás Ramos: "Esta pareja me enferma."

Aparte de Maximiliano y Carlota, la literatura de la Intervención es bastante raquítica: hay una obra de Bianchi, que trataba de soldados y de escondidos, que yo descubrí en no recuerdo qué biblioteca pública hace diez años, y otra de Marcelino Dávalos cuya crónica del *Mundo Ilustrado* del 16 de agosto de 1908, no puedo resistir. Hela aquí: "Marcelino Dávalos, que ya ha obtenido otros triunfos en el teatro, acaba de estrenar, con la cooperación decidida de la compañía Fábregas, un nuevo drama. *Así pasan...* es una pieza simbólica [sic]. La protagonista es una actriz de gran talento, que, en el primer acto (época del efímero imperio de Maximiliano), se encuentra en la plenitud de su talento [sic]. La ama Gabriel, autor dramático, hijo de una familia de vieja nobleza, y Marcelino, actor también [sic]. Ella prefiere a Gabriel, que escribe para ella una obra revolucionaria, por la cual ambos son perseguidos y se salvan, gracias a la hidalguía [sic] del general Ibarro. Al triunfo de la República, la actriz, Vic-

toria de Alba, obtiene el indulto del general, que estaba condenado al destierro. La madre de Gabriel exige que Victoria se aparte del teatro, para consentir en el matrimonio. Victoria se niega y Gabriel la abandona. Pasan los años, y la actriz, ya anciana, tiene que trabajar en una compañía de género ínfimo, donde es objeto de las burlas de una tiple de moda. Marcelino, que también formaba parte de la compañía, es despedido. Victoria no puede trabajar más y se resigna a morir de hambre, cuando Marcelino, que no ha dejado de amarla y acaba de obtener una canon-



Ensueños de un monarquista



—Ay, amigo mío; mucho me temo que después de tantas vueltas nos den una

jía [sic], le pide que sea su mujer. Ella, al fin, acepta. La obra ha tenido éxito. Ha sido puesta con gran esmero por Virginia Fábregas y su compañía. Se advierten defectos de factura en ella; pero revela al autor de talento, que indudablemente perseverará y dará muchos mejores frutos. El primer acto está dialogado con primor."

Si esta sinopsis llegara a los ojos de Libertad Lamarque, seguro que se lanzaría a filmarla y tendría más éxito que la primera vez.

Pero dejemos la literatura dramática que es bastante poco imaginativa y ocupémonos de la militar que, por el contrario, se distingue por la cantidad de recursos que emplea. Echando mano de lo que tengo en casa, sacaré a colación la hoja de servicios de mi bisabuelo, el general don Florencio Antillón (y juro por mi santa madre que esto no es broma). "1861 [termina así]...; continuó [mi bisabuelo] para la capital de México, cubriendo con sus tropas la guarnición de aquella plaza.

"1862. El 4 de mayo, a las tres de la tarde, recibe orden del Ministerio de la Guerra para marchar con su División en auxilio del general en jefe del Ejército de Oriente don Ignacio Zaragoza...

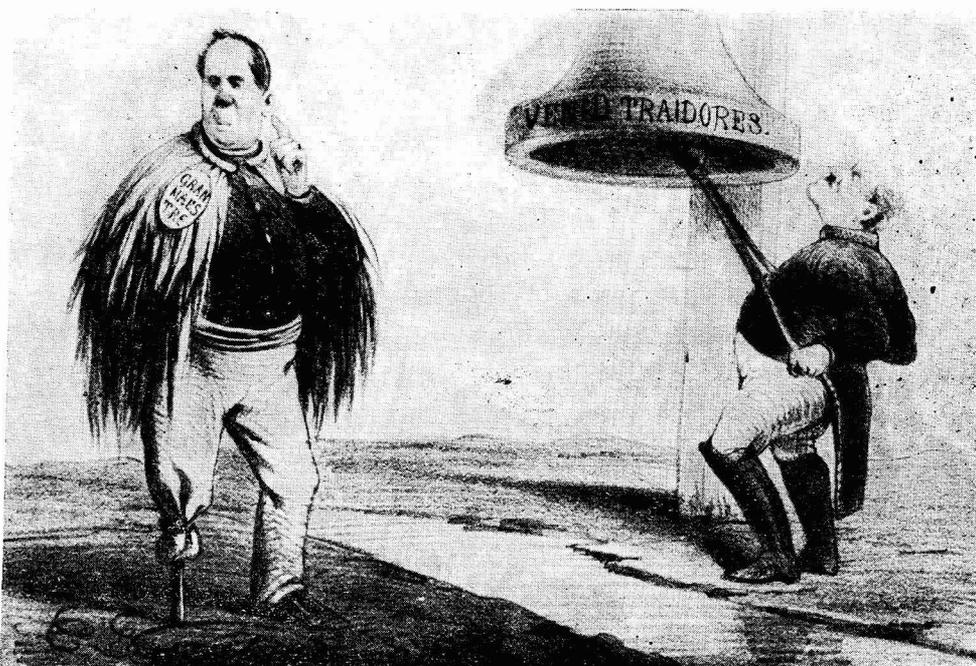
[El parte en cuestión, dice así]: "Sección primera: Considera el C. Presidente que conforme a las instrucciones que recibió V. antes de salir de esta capital, sus marchas las forzará cuanto más le sea posible; pero como las circunstancias se reagravan de una manera muy positiva, encargo a V. por expreso acuerdo del Presidente, que las jornadas que haga con la brigada de su mando las calcule de manera que precisamente se encuentre V. el día 6 del presente en el punto de su destino [Puebla] cuanto más temprano le sea posible. —En su marcha puede muy bien encontrar a la facción reaccionaria, porque habiendo salido de Puebla dos brigadas con objeto de atacarla en sus posiciones de Atlixco y Matamoros, es probable que los traidores esquiven el encuentro y se retiren a salir al mismo camino que V. lleva. Si así sucediera, los batirá usted sobre



Vamos, niño, tómate la purga; si no tendrás que tomarla por 'otra parte' más peligrosa



La Intervención Francesa ha venido al suelo con un soplo, como un castillo de baraja



Un vejete con campana / hace venir a Santa-Anna

la marcha y seguirá sus jornadas para llegar con oportunidad a prestar el servicio a que se le ha destinado y en que se interesa la honra de la patria. —Como V. carece en su brigada del arma de caballería, ocurrirá al C. Coronel Ignacio Cuéllar para que le proporcione la que tiene a su mando con el objeto de emplearla en explorar el camino y evitar cualquiera peligro que pudiera ocasionarse por no tener la caballería suficiente para averiguar el verdadero punto en que pueda encontrarse el enemigo. —Aviseme V. por telégrafo las jornadas que hace y todo lo que crea conveniente para conocimiento del Presidente. —Libertad y Reformas, México, mayo 4 de 1862. —Blanco. —Al C. Gral. Florencio Antillón, en Peñón o Ayotla.”

Dos recortes de periódico anuncian la llegada de mi bisabuelo, con una mala suerte notable, el día 6, un día después de la batalla. Dicen así: “En los momentos en que el general Zaragoza ponía el anterior telegrama, llegó a Puebla el general don Tomás O’Horan al frente de la brigada con que había batido en Atlixco a don Leonardo Márquez y pocas horas después llegó el general don Florencio Antillón con la brigada de Guanajuato, quedando así notablemente aumentadas las fuerzas que han de operar contra los franceses”.

Esto desmiente la teoría que dice que la batalla del 5 de mayo la perdieron los franceses por la impuntualidad de un mexicano: Márquez, que según parece había quedado de encontrar a los franceses con no sé cuántos miles de hombres, y que no llegó, pero no por impuntualidad como aseguraba Anfossi en su libro de texto, sino porque O’Horan lo había derrotado.

La mala suerte de mi bisabuelo siguió vigente, pues además de perderse de la victoria por un pelo, le tocó la derrota en todo su esplendor.

Sigo citando: “Desde esa fecha quedó incorporado al Ejército de Oriente, y desde fines del ataque de Orizaba formó su cuartel en Acatzingo, y recibiendo órdenes como División de Observación de retirarse a Puebla a la vista del enemigo, cuando éste avanzase, así lo ejecutó hasta dar principio a las operaciones de la plaza el 16 de marzo [1863].”

“1863. En ella y durante el sitio, que duró sesenta días, cubrió varias líneas, siendo la principal San Javier Santa Anita y la Merced. Rendida la plaza el 17 de mayo [1863] y prisionero de guerra sin compromiso alguno, logró fugarse de la casa que los generales tenían como prisión, y presentarse al Supremo Gobierno en México, para continuar la guerra contra la Invasión...”

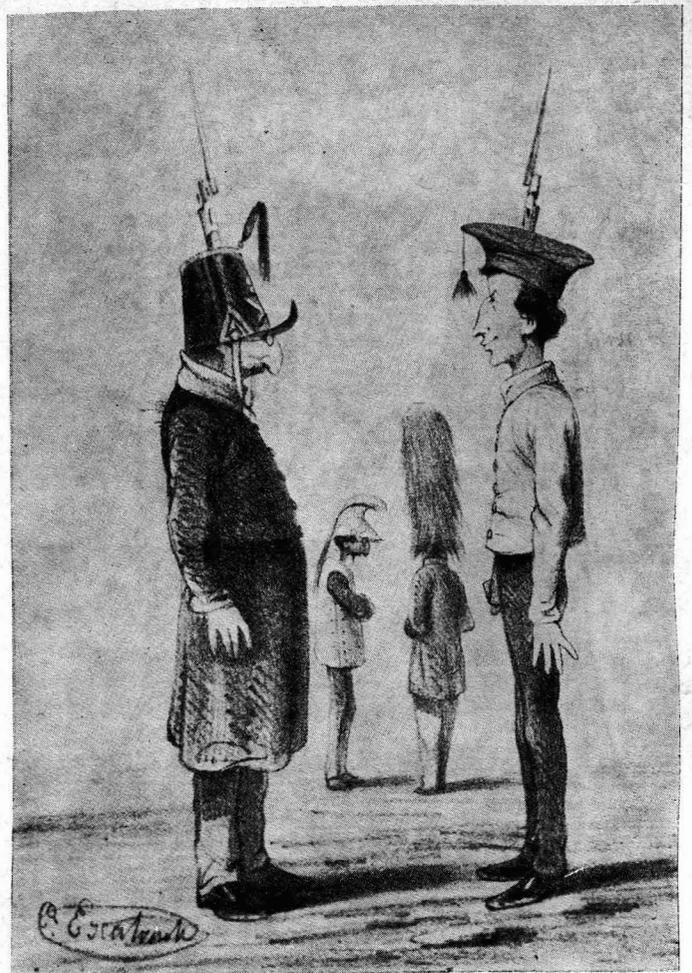
La rendición, parece, fue como se hacían entonces las cosas: todos en camisa, despeinados, después de quemar el último cartucho, rompieron los fusiles, enterraron las bayonetas, hicieron explotar las piezas de artillería, se pusieron en fila y se cruzaron de brazos hasta que llegaron los franceses.

Todo esto parece demostrar que la batalla del 5 de mayo primero, y el sitio de Puebla después, lograron retrasar un año el desarrollo de la Invasión y quizá determinaron así el resultado de la guerra.

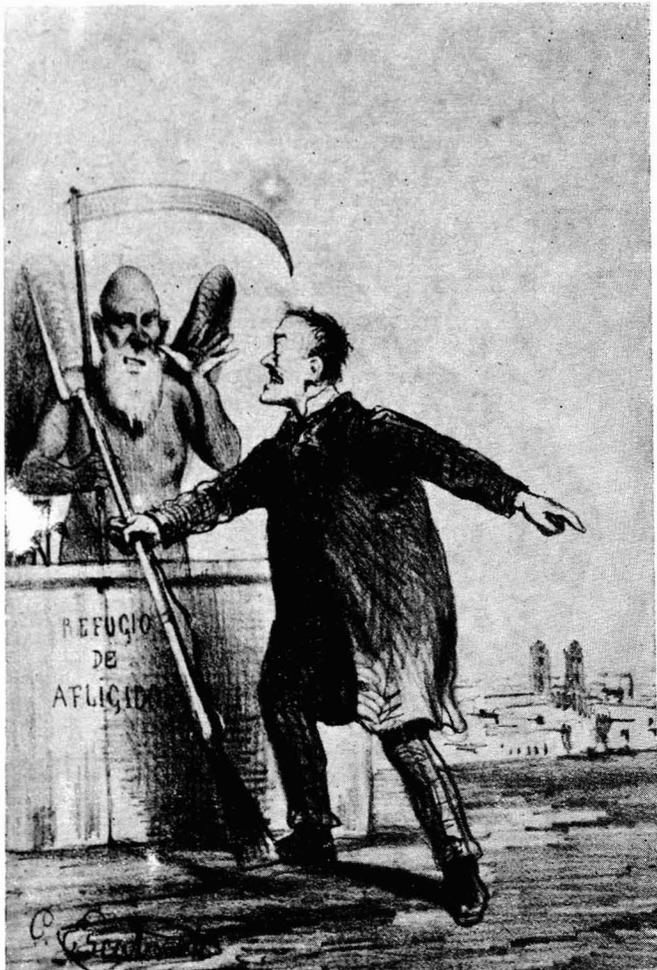
Los documentos de mi bisabuelo cuentan, entre otras cosas, que después de muchos trabajos logró tomar Guanajuato y después estuvo a las órdenes de Escobedo en la toma de Querétaro, pero eso ya es harina de otro costal.



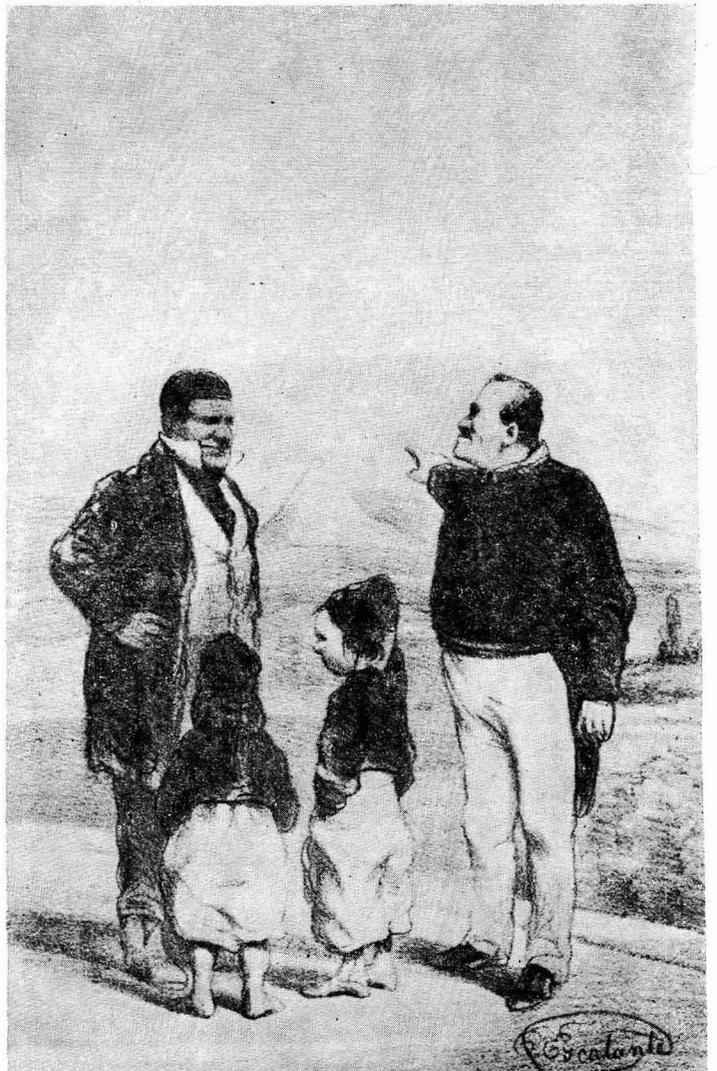
—Señor, una caridad si gusta



Tipos modelos para la guardia nacional



—Caballero, por caridad encargaos de tomar a Puebla, porque es ya una empresa que no puede consumir el valor de mis soldados



—¿Y por dónde se os ha ido el resto de vuestra fuerza, general?
—Por el 'pico', querido amigo